



Los **monstruos** en Colombia sí existen

ASESINOS EN SERIE

Esteban Cruz Niño

Grijalbo

LOS MONSTRUOS EN COLOMBIA SÍ EXISTEN

Asesinos en serie

ESTEBAN CRUZ NIÑO

Grijalbo

Diseño de portada: Juanita Isaза
Diagramación: Claudia Milena Vargas López
Corrección de estilo: Gabriela de la Parra

Primera edición: junio, 2013

© 2013, Esteban Cruz Niño
© 2013, Random House Mondadori, SAS
Cra 5A No. 34A – 09
Bogotá – Colombia
Pbx: (57-1) 7430700

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Printed in Colombia – Impreso en Colombia

ISBN: 978-958-8789-40-8

Impreso en: Panamericana Formas e Impresos S.A.
quien sólo actúa como impresor.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	13
PRÓLOGO.....	15
INTRODUCCIÓN	19
¿Qué es un asesino en serie?	23
El perfil del asesino en serie colombiano.....	26
Ausencia de política criminal en Colombia.....	28
 PEDRO ALONSO LÓPEZ	
EL MONSTRUO DE LOS ANDES	31
La captura de un monstruo: revelaciones y sorpresas.....	32
Los asesinatos: los crímenes del mayor homicida serial de la historia.....	43
Cómo crear un monstruo. Infancia y juventud de Pedro Alonso López.....	55
El mal anda suelto. Detalles sobre la condena y libertad del Monstruo de los Andes.....	64

DANIEL CAMARGO BARBOSA

EL SÁDICO DE EL CHARQUITO	71
Un sádico aterroriza Ecuador	72
La infancia del Sádico	80
El despertar del Sádico	85
Un escape imposible: la fuga de la isla Gorgona.....	95
Frenesí asesino, captura y muerte de un sádico	100

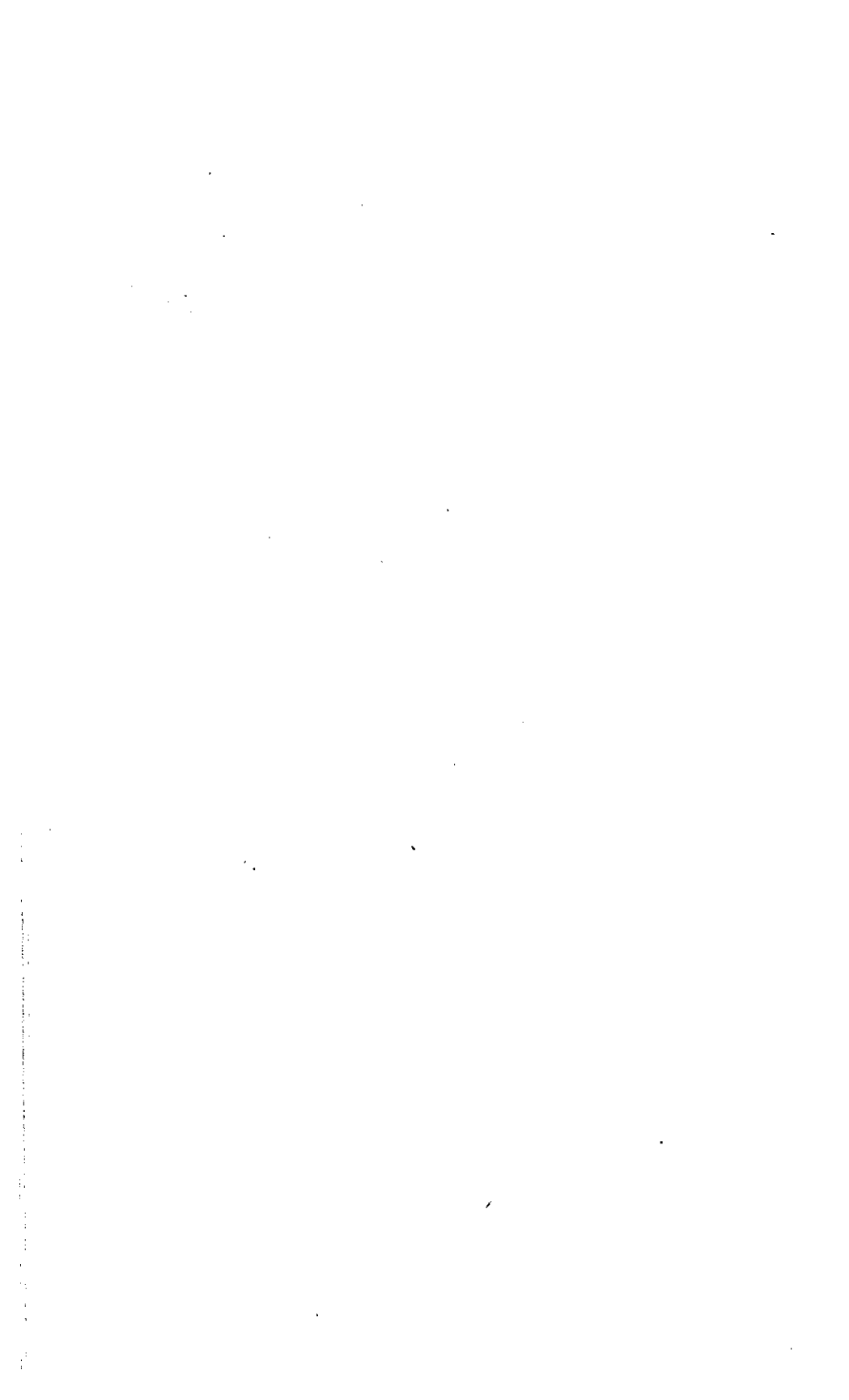
LUIS ALFREDO GARAVITO CUBILLOS

GARAVITO.....	109
La formación de un monstruo	112
El monstruo se desata: alcohol, rabia y violación.	
La juventud de Garavito	119
Los asesinatos: una masacre que duró siete años.....	128
Los años más sangrientos. Búsqueda y captura.....	141
El miedo persistente: juicio, condena y posible libertad.....	147

MANUEL OCTAVIO BERMÚDEZ

EL MONSTRUO DE LOS CAÑADUZALES	153
Hijos de la violencia: conexiones que no pueden ocultarse	154
Entre desamores y compulsiones: emerge el Monstruo	160
De la fantasía a la realidad. Los crímenes de un asesino en serie.....	163
A la caza del monstruo. La labor de la Fiscalía colombiana	169

Captura, confesión y juicio	179
Juicios y condenas: pocos años para tantas víctimas.....	185
NEPOMUCENO MATA LLANA	
EL DOCTOR MATA	189
Los primeros años y crímenes	191
Una clientela que se esfuma: los asesinatos del Doctor Mata.....	198
La captura. El caso de Calderitas	213
Entre fugas y enigmas, el final del Doctor Mata	221
OTROS MONSTRUOS COLOMBIANOS	227
El Hombre Fiera	227
El Monstruo de los Mangones.....	230
John Jairo Moreno Torres, Johnny el Leproso	234
Javier Velasco Valenzuela y el caso de Rosa Elvira Cely	241
Luis Gregorio Ramírez Maestre, el Monstruo de Tenerife	252
OBRAS SUGERIDAS	259
BIBLIOGRAFÍA	261



*Este libro está dedicado a la memoria
de todas las víctimas sin nombre que
esperan justicia en Colombia.*

AGRADECIMIENTOS

De no existir el apoyo y el trabajo de otros, nuestras acciones carecerían de sentido. Es por ello que agradezco a mi esposa Carmen Lizeth, quien soportó junto a Luna mi ausencia y el frío durante las largas horas que dediqué a esta labor. Al periodista y escritor Alfredo Serrano Zabala, por su ejemplo en las artes de la escritura y la narrativa; a Carlos Gustavo Patarroyo y Wanda Perozzo, que creyeron en este tipo de ejercicios investigativos mediante la cátedra de “Asesinos en serie: análisis desde las Ciencias Humanas”, de la Universidad del Rosario en Bogotá. A Gabriel Pardo García-Peña, Carolina Calderón Peña, Liliam Arenas, Alexis Cobos, Ana Julia Ríos e Ilona Murcia Ijjasz por su incondicional apoyo a lo largo de mi vida. Un agradecimiento especial a toda mi familia y a mis ancestros, Esteban Cruz Sanabria, Benicia Navas, Josefa Pérez y a quienes quedan sin mencionar.

Este trabajo no hubiera sido posible sin el aporte a la ciencia y al periodismo del país de Mauricio Aranguren Molina, Iván Valencia Laharenas, Jairo Enrique Gómez Remolina y del psiquiatra ecuatoriano Oscar Bonilla León, cuya memoria engalana a la Medicina. Estas personas han dedicado parte de su vida a la investigación de tal tipo de crímenes y son los pioneros del

análisis del asesinato serial en Colombia y en América Latina. A ellos les corresponden los créditos sobre la mayor parte de la investigación sobre las infaustas historias que se narran en las siguientes páginas. A estos honorables caballeros, todos mis respetos y mi gratitud.

PRÓLOGO

Escribir un libro que desnuda en cuerpo y alma a los hombres más execrables que puede parir una sociedad es una decisión atrevida. *Los monstruos en Colombia sí existen* es el título del texto que da a conocer el infortunado legado que han dejado tras su pestilente existencia hombres como Pedro Alonso López, Daniel Camargo Barbosa, Luis Alfredo Garavito Cubillos, Manuel Octavio Bermúdez, Nepomuceno Matallana y otros desadaptados como John Jairo Moreno Torres, el mentado Hombre Fiera del panóptico de Tunja, el Monstruo de los Mangones y el más reciente, el tristemente célebre Javier Velasco Valenzuela, quien ultimó de forma perversa y con tenebrosa sevicia a Rosa Elvira Cely en horas de la madrugada del 24 de mayo de 2012, con la complicidad de las legiones del mal en un solitario potrero del Parque Nacional en el centro de Bogotá.

De la mano de una narrativa sencilla, clara, amena y muy bien documentada, el lector podrá abordar una construcción literaria pedagógica asumida con un respaldo profesional de alta calidad intelectual que se involucra y penetra en esas pervertidas neuronas de mentes diabólicas, que durante años derramaron la sangre de centenares de víctimas inocentes por terrenos baldíos, veredas, pueblos y ciudades colombianas y de países vecinos.

Personalidades díscolas, extrañas y estrambóticas, de orígenes humildes, hombres formados en las entrañas de la infinita violencia colombiana, hijos despreciados, hombres descalificados, maltratados y ultrajados fueron los que terminaron convirtiéndose en los temibles asesinos en serie que conforman este insólito mosaico que recoge el profesor de Antropología y magíster en Historia Esteban Cruz Niño.

Seguir la ruta de mentes criminales obsesionadas con segar la vida de indefensas criaturas cuyo sufrimiento generó en el victimario un clímax macabro es un reto y un acertijo que el autor logra esclarecer con meticulosa paciencia y excelsa investigación.

Abusadores empedernidos, andariegos sin destino, hombres sin alma, sangre fría, ausencia de sentimientos de bondad, alucinaciones del infierno, corazones sin temor y pensamientos torcidos son las principales características que se encarnaron en estos asesinos en serie, dueños y propietarios de mentes reprobadas que hacen gala de múltiples tentáculos del mal, manos que solo penden de cuerpos enfermos, espíritus que se juntan para cometer toda clase de vejámenes y agresiones que traspasaron las fronteras y cubrieron de luto a familias de gentes humildes, en su mayoría.

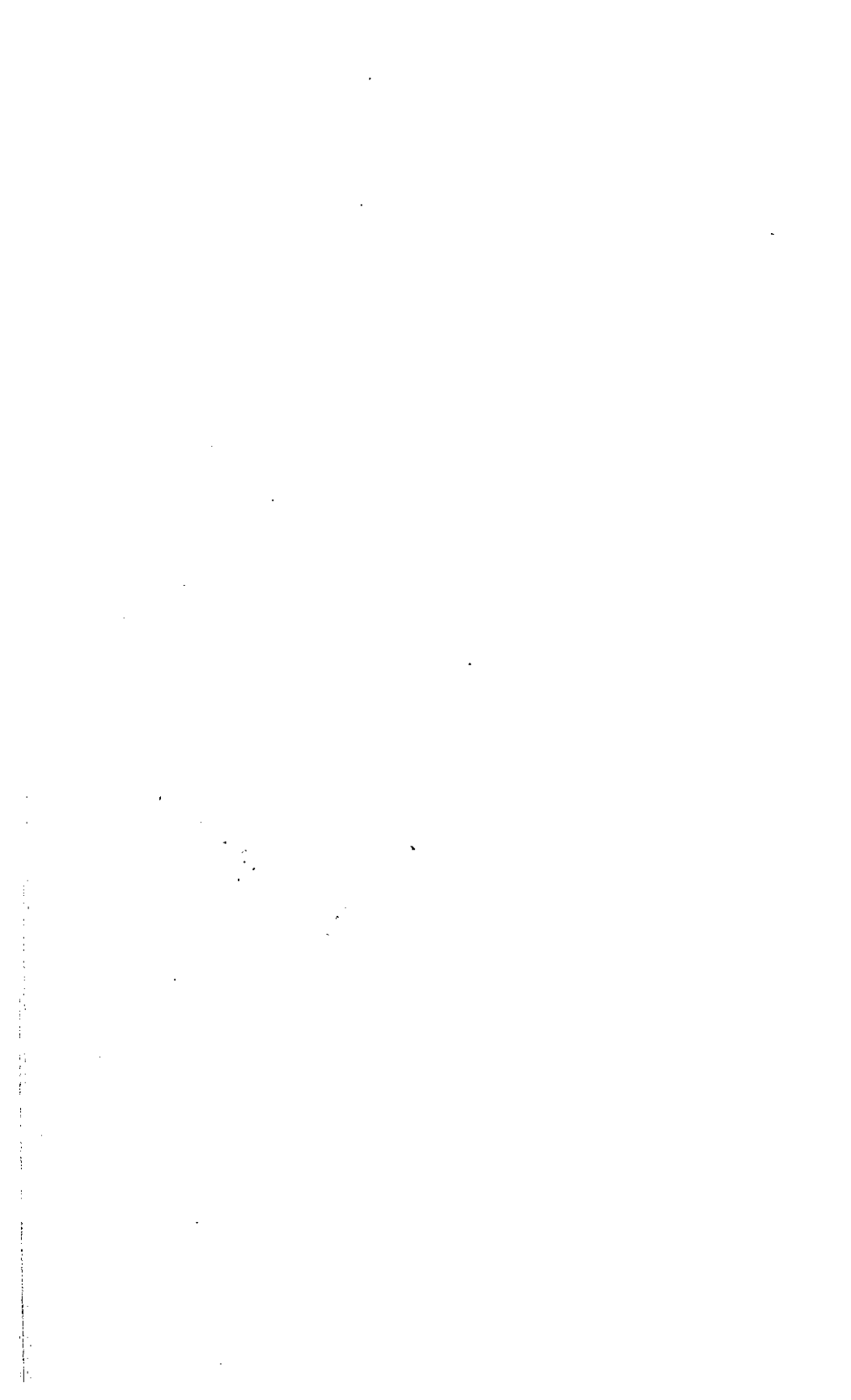
En esta investigación se utilizan herramientas de Antropología, Psicología, Sociología, Psiquiatría y de otras ciencias, con el propósito de conocer los secretos y vericuetos para tratar de descifrar el vil comportamiento de los reos más despreciables que existen en las cárceles del mundo: los violadores y los asesinos en serie, locos que hicieron llorar a Colombia y a sus países hermanos con sus escabrosas acciones.

Para conocer los secretos de estos comportamientos criminales a lo largo de este tortuoso sendero que trazaron los asesinos en serie, un trabajo como este debe ser consulta obligada

PRÓLOGO

en facultades universitarias, oficinas estatales y bibliotecas, así como de interés para cineastas y documentalistas que deseen recrear el insólito camino de dolor que durante años marcaron estos monstruos que de seguro tienen un lugar muy especial en lo más profundo del infierno, pues sus sacrílegos actos no tienen perdón de Dios.

ALFREDO SERRANO ZABALA



INTRODUCCIÓN

Aunque ha pasado algún tiempo, todavía recuerdo las historias que contaba mi abuela Josefa. Tendría yo siete 7 años de edad cuando dedicaba largas horas de mis vacaciones a escuchar sus relatos de terror. Eran leyendas atiborradas de brujas y maldiciones, cuentos que expandían mi imaginación y enriquecían mis fantasías. No obstante, una de ellas me impactó con tanta fuerza, que aún retumba en mi memoria, como si hubiese quedado grabada sobre mármol en el interior de mi cabeza. Se trata de un pavoroso relato que terminó inundándome de temor y poblando mis más oscuras pesadillas.

Contaba mi abuela que mi abuelo, Arsenio Niño, un próspero y reconocido negociante de Bucaramanga, dedicó su juventud a trasladar mercancías entre las principales poblaciones del oriente del país. Comandaba una recua de mulas que trasegaban los senderos de una Colombia que no contaba con trenes o carreteras. En uno de sus viajes la noche cubrió el camino con un manto de oscuridad y borrascas. Barriales y derrumbes bloquearon su paso y transformaron las arcanas rutas de la cordillera en serpientes que bordeaban docenas de mortales abismos. Sin otra opción que esperar al amanecer, el comerciante decidió hospedarse a la vera del camino. Amarró afanosamente sus bes-

tias de carga y se dirigió hacia una posada ubicada sobre una colina cercana. Allí pagó algunos pesos a una extraña mujer por un modesto cuarto y una comida escasa. Luego de acomodarse en la habitación y quitarse los zapatos, se acostó boca abajo sobre un catre y descolgó su mano hasta tocar el piso. Por unos segundos, sus párpados se cerraron debido al agotamiento, pero a pesar de su debilidad, un macabro descubrimiento alejaría el cansancio que gobernaba su cuerpo y entumecía sus músculos. Algo inusual llamó su atención: una extraña sensación invadió sus dedos. Una masa melcochuda y pegajosa podía palparse sobre el precario piso de tierra de la vivienda. Intrigado, buscó un par de fósforos que encendió de inmediato. Sus ojos se llenaron de temor al descubrir que no se trataba de algún menjurje o sustancia desconocida. El suelo estaba cubierto de sangre en estado de coagulación. Empujado por el miedo y la valentía, se vistió con apuro, alistó su revólver, se lanzó por la ventana de la rústica vivienda y, tras dirigirse sigilosamente al lugar donde pernoctaban sus peones y mulas, escapó del lugar entre el aguacero y la penumbra.

Pocos días después de su regreso, mi abuelo contó la experiencia a sus conocidos. Enseguida empezaron a escucharse historias sobre viajeros desaparecidos. Los vecinos relataban cómo sus hijos y familiares se habían desvanecido para siempre en el mismo tramo de aquel nefasto pasaje y en cercanías a la extraña posada cuyo sangriento suelo había descubierto mi antepasado.

Recuerdo como si fuera ayer que, ante mi impresión, mi abuelita se recostó en su mecedora de estructura metálica y tejido plástico, me miró con sus ojos cansados y vidriosos y me aseguró tajantemente: "Lo que pasaba es que mataban a la gente. Despescuezaban a todos los que se quedaban en esa choza". La historia me impactó tanto, que no pude dormir con tran-

quilidad por varios días. Mis sueños se poblaron de asaltantes y asesinos que buscaban acabar con mi vida entre las sombras de mi habitación, ocultos en armarios mal cerrados, debajo de la cama o acechando al otro lado de las blancas cortinas flotantes que escondían la ventana.

Ahora pienso que el miedo que me causó el cuento está relacionado con la verosimilitud de la narración. No se trataba de fantasmas o brujas; no eran la Madremonte y la Llorona; se trataba de un peligro real, de la existencia de seres de carne y hueso que asesinan y matan sin piedad, de monstruos humanos, de sádicos que pueden estar en cualquier lugar, maquinando y esperando una oportunidad para acabar con la vida de algún inocente.

Fue a partir de esta experiencia que me preocupé por comprender la maldad humana y tratar de entender lo que lleva a un ser humano a matar. Con el tiempo me convertí en antropólogo e historiador y, más tarde, en profesor universitario. Empecé a observar la fascinación que sentían algunas personas por los personajes de las películas de terror y de suspense policiaco. *El silencio de los inocentes*, *Los siete pecados capitales* y *Pesadilla sin fin* son filmes que marcaron a mi generación. Cintas taquilleras, plagadas de violencia y muerte que tenían un común denominador: su protagonista era un despiadado asesino serial, un antihéroe capaz de cometer las peores atrocidades sin atisbo de culpa.

No podía entender la fascinación obsesiva que llevaba a la sociedad a volcarse sobre estos funestos personajes. Mi desconcierto fue aún mayor cuando descubrí que muchas de las películas se basaban en hechos reales. La historia de la humanidad parecía estar plagada de innumerables casos análogos a los expuestos por la ficción. Intrigado, me dediqué a estudiar algunos de ellos y me sumergí entre libros científicos y páginas de Inter-

net dedicadas al asunto. Asombrado, descubrí que en nuestro país existen monstruos comparables a los de cualquier historia o película de terror que han ejecutado sus acciones de forma cruel e impune durante años. Son seres brutales que acabaron con la vida de cientos de inocentes con ferocidad y sevicia.

Con el impulso de entender el mal, propuse a las directivas de la Universidad del Rosario de Bogotá, institución de la que soy profesor distinguido, establecer una cátedra con el fin de explorar el fenómeno de los asesinos en serie desde una perspectiva ética y científica.

Tras el paso de las clases y las preguntas de los estudiantes, me di cuenta de que era preciso que el país conociera la magnitud de los crímenes de estas personas, delincuentes que estudié con detenimiento para elaborar este libro.

Como advertencia para los lectores, quiero precisar que los personajes que desfilan en las siguientes páginas no son héroes, mentes maestras o genios que ponen a las autoridades contra las cuerdas. Se trata de criminales que llenaron de dolor a una gran cantidad de familias y destruyeron no solo la vida de sus víctimas, sino la de sus amigos y seres queridos. Estos malhechores deben ser percibidos y tratados como lo que son: monstruos inhumanos y abominables.

El libro está ordenado por casos que conforman capítulos. Cada uno de ellos relata los crímenes de estos horrendos delincuentes y compara sus homicidios con los de otros asesinos que actuaron en países y épocas diferentes, con la finalidad de hacer más fácil la comprensión del fenómeno del asesinato serial.

He utilizado mi profesión para confeccionar el texto con el uso de las técnicas y la exploración de los símbolos y las culturas que nos proporciona la Antropología, para decodificar los detalles de los asesinatos, la mecánica criminal y el modus ope-

randi de estos monstruos. Utilicé, además, el rigor de la ciencia histórica para el tratamiento y la obtención de los documentos que sirvieron para elaborar los perfiles y las biografías, fuentes que están reseñadas al final del libro para dinamizar la lectura del documento principal.

Antes de entrar en materia y de explorar el origen del mal y la mente de estos delincuentes, es necesario definir el concepto de asesino en serie.

¿Qué es un asesino en serie?

La terminología y los estudios acerca de los asesinos seriales son relativamente recientes. Aunque cautiva la imaginación popular, se trata de una categoría científica establecida por el criminólogo estadounidense Robert Ressler, para quien un asesino serial es una persona que ha cometido una serie de asesinatos (al menos tres), llevado por sus deseos y convicciones más que por condiciones políticas, militares o económicas.

En este sentido, los asesinos en serie son seres humanos que cazan a otros seres humanos, los masacran y ultiman, sin estar motivados por ideales o presiones sociales. Así, militares, ladrones, delincuentes, paramilitares y otros sujetos que ejecutan personas en medio de sus actividades no pueden ser denominados como asesinos en serie, pues sus intereses son externos debido a que obedecen órdenes o siguen fanatismos políticos y religiosos.

Luego de años de estudio, Ressler subdividió a este tipo de asesinos en dos categorías: los organizados y los desorganizados. Los asesinos en serie organizados tienen la capacidad de planificar el delito, inclusive años antes de cometerlo. Actúan con premeditación, llevan su propia arma, escogen cuidadosamente a sus víctimas, comprenden las técnicas de investigación

judicial, tratan de no dejar evidencias, se cambian de ropa luego de cometer sus crímenes, limpian sus huellas digitales, descuartizan y esconden los cuerpos. Son personas que manipulan su entorno y muchas veces se muestran atractivas y seductoras. Evitan ser capturados y rara vez confiesan sus crímenes. Cuando son sentenciados y conducidos a prisión se adaptan fácilmente al encierro, poseen un excelente comportamiento y se destacan como líderes o presos ejemplares, aunque tratan de escapar a la menor oportunidad.

Esta clase de asesinos es la más peligrosa, ya que actúa por mucho tiempo sin ser capturada. Acechan a las personas valiéndose del engaño y la estafa por encima de la violencia, se hacen pasar por autoridades o adoptan roles que representan ingenuidad y seguridad—discapacitados, sacerdotes, policías, bomberos y maestros— para someter y matar a sus víctimas.

Ted Bundy, uno de los más reconocidos asesinos en serie estadounidenses, mató, torturó y violó a más de una treintena de mujeres. Simulaba ser una persona discapacitada con uno de sus brazos rodeado por un yeso falso y dejaba caer varias revistas frente a sus víctimas, quienes inocentemente se agachaban para ayudarle. Aprovechando la situación, Bundy las golpeaba con una barra de metal en el cráneo para luego encerrarlas en el baúl de su auto y transportarlas hasta un lugar despoblado, donde cometía las peores aberraciones.

Asimismo, Luis Alfredo Garavito se hacía pasar por sacerdote para engañar a sus pequeñas víctimas y Daniel Camargo Barbosa, el sádico del Charquito, se hizo pasar por un desprevenido turista evangélico para someter, violar y asesinar a más de sesenta muchachas en Ecuador.

Contrario a la creencia popular, la mayoría de asesinos seriales organizados no quiere ser capturada, no reta a la policía

ni tiene genialidad macabra. Son personas sedientas de poder, cuyas fantasías se han desbordado hacia la realidad; adictas a la muerte, alimentan su lóbrega alma con el placer y el poder que les provoca el homicidio; son monstruos que han llenado de tristeza el hogar y el alma de centenares de familias.

Por otra parte, existen los asesinos seriales desorganizados. Son homicidas atrapados en un universo de locura que no planifican sus crímenes. Generalmente desfiguran a sus víctimas, utilizan cualquier instrumento para matar y no se preocupan por ocultar los cuerpos. Son asesinos que se encuentran en estado psicótico y que no son responsables de sus actos, pues son impulsados por creencias fantásticas o versiones alteradas de la realidad. Cabe anotar que en Colombia no han existido casos de este tipo, puesto que la mayoría de los monstruos que exploramos en este libro son criminales metódicos, crueles estrategas y horrendos verdugos conscientes de sus acciones y culpables de sus delitos.

A pesar de que esta clasificación ha sido tomada por la Criminología como una de las más confiables, durante los últimos años el FBI la ha puesto en duda. Algunas de sus investigaciones apuntan a que los asesinos en serie poseen algunas características que no pueden englobarse dentro de este tipo de tipologías, porque se trata de personas que actúan debido a diferentes factores ambientales, genéticos o sociales y son sujetos que no están limitados por su origen étnico o religioso, su género u orientación sexual, su edad o su condición social.

Los asesinos seriales son un fenómeno del que ninguna cultura ha podido escapar. Desde China hasta Portugal y de India a Colombia los casos se cuentan por cientos y las víctimas por miles, pero en cada uno de estos lugares existen diferentes perfiles y formas de castigarlos.

El perfil del asesino en serie colombiano

A diferencia de los asesinos en serie estadounidenses, los colombianos son personajes de extracción popular que se debaten en medio de la miseria y que subsisten mediante el engaño y el robo. Rara vez han terminado sus estudios secundarios y no logran construir hogares estables (aunque algunos establecen relaciones de pareja inestables y de corta duración).

Su infancia está llena de maltratos y humillaciones. Muchos de ellos son hijos de la violencia, cuyos padres fueron desplazados o asesinados en medio de los conflictos políticos y de las guerras civiles que han asolado al país. Todos se inician en el delito en su juventud: roban, atracan y violan durante su adolescencia. Contrario a la mayoría de los asesinos de este tipo en el mundo, a excepción de Nepomuceno Matallana, los monstruos colombianos son violadores compulsivos. Comenten violaciones sexuales por años y, al ser capturados y condenados, sufren un proceso de acentuación de sus fantasías, lo que incrementa sus deseos sádicos y violentos. Entre los 20 y los 30 años ejecutan sus primeros asesinatos, cuando ya se han transformado en bestias sedientas de dolor y sangre.

Tanto Garavito como Pedro Alonso López, Camargo Barbosa y el Monstruo de los Cañaduzales fueron, en primera instancia, criminales comunes y abusadores sexuales que, una vez atrapados y liberados, se entregaron a calmar su sed de poder y placer mediante la muerte, la violación y la tortura.

Este es un panorama desalentador, si tenemos en cuenta las estadísticas de abuso sexual en el país y los casos de violadores en serie. Para la muestra, un dato: en el año 2010, Jorge Susa Escobar fue detenido en Bogotá luego de violar a treinta mujeres durante tres meses bajo el puente vehicular de la avenida 68

con calle 26, a pocas cuadras del Ministerio de Defensa y de la Dirección General de la Policía Nacional. Al revisar sus antecedentes, las autoridades quedaron anonadas por el gran número de abusos sexuales que formaban su prontuario, que contenía registros desde 1995. Casos como este demuestran lo frágil de nuestro sistema judicial, así como lo inerme que puede estar la sociedad frente a estas amenazas.

Otra coincidencia significativa entre los monstruos colombianos es la mecánica criminal que utilizan. Engatusan a sus víctimas con estrategias similares: les ofrecen dinero o les solicitan ayuda para conducirlos voluntariamente hasta lugares des poblados y desiertos donde abusan de ellas y acaban con sus vidas mediante técnicas compulsivas.

Además, una característica recurrente es la trashumancia. Poseen un comportamiento nómada y errático, lo que los convierte en vagabundos del terror que transitan de pueblo en pueblo, desparramando a su paso dolor y cadáveres. No permanecen más de un mes en un mismo lugar y vuelven mecánicamente a su ciudad natal para obtener ayuda de sus familiares. Su movilidad es tan alta, que tres de ellos —López, Garavito y Camargo Barbosa— cruzaron las fronteras y dejaron decenas de víctimas en Ecuador, Perú y Brasil.

De igual manera, muestran una tendencia a coleccionar objetos pertenecientes a sus víctimas, fetiches que les permiten recordar sus crímenes y volver a experimentar el placer que sintieron en el momento de asesinar. Al instante de su captura, Camargo Barbosa poseía un oscuro maletín en el que guardaba alhajas y fotografías de sus víctimas; Garavito coleccionaba recortes de prensa en los que se detallaban sus homicidios y Manuel Octavio Bermúdez guardaba la ropa interior de sus víctimas como un tesoro.

Este comportamiento podría servir para identificar a otros asesinos en el futuro. En este sentido, si los investigadores revisaran con detenimiento las pertenencias del asesino de Rosa Elvira Cely, el brutal Javier Velasco Valenzuela, es probable que descubrieran pistas de otros delitos. Asimismo, si los funcionarios judiciales tuvieran los recursos y la infraestructura suficiente para realizar su trabajo, con seguridad hallarían que muchos sindicados de homicidio son, en el fondo, asesinos en serie o criminales reincidentes.

Una última característica remarcable en estas personas es su compulsión por escapar de prisión. Tan pronto se les presenta la oportunidad, muchos de ellos huyen de prisiones de máxima seguridad y continúan con sus asesinatos. Camargo Barbosa logró fugarse de forma sorprendente de la isla Gorgona; Nepomuceno Matallana utilizó una serie de tretas para burlar a sus carceleros en media docena de oportunidades y Manuel Octavio Bermúdez aprovechó una toma guerrillera para eludir su encierro.

Por último, se señala que frente a los medios de comunicación se muestran prepotentes y tratan de culpar a la sociedad de sus acciones para ocultar una personalidad horrenda y manipuladora bajo la máscara del arrepentimiento y la redención.

Ausencia de política criminal en Colombia

En la mayoría de los países del mundo los asesinos seriales son ejecutados o condenados a cadena perpetua. La totalidad de las investigaciones realizadas ha establecido que es casi imposible que exista una resocialización y que es seguro que en libertad volverán a matar.

Sin embargo, la justicia colombiana no está diseñada para nuestra realidad. En este país asesinar a un niño es igual que

asesinar a cien mil, lo que imposibilita la existencia de penas que permitan proteger a la sociedad. Durante años la ciudadanía ha vivido aterrorizada frente a la posible libertad de Luis Alfredo Garavito y está en lo cierto, porque es muy probable que el feroz asesino cumpla la totalidad de su pena en el mediano plazo.

Estamos ante una catástrofe similar a la que han representado las masacres que ha sufrido el país, ya que, si sumamos las muertes provocadas por estos cinco criminales, podríamos llegar fácilmente a las quinientas víctimas. Quinientas personas inocentes, en su mayoría niñas y niños, que carecen de justicia y que solo habitan en los recuerdos de sus familiares, puesto que nunca volverán de la muerte.

Esta indignante injusticia resalta en el caso de Manuel Octavio Bermúdez, el Monstruo de los Cañaduzales, quien podría quedar en libertad en poco más de una década. Mas si creemos que esto no es posible, debemos recordar el caso de Pedro Alonso López, el Monstruo de los Andes, a quien el imperfecto sistema penal colombiano dejó libre en 1998, a pesar de ser considerado el mayor asesino serial del mundo y de que representa un peligro para nuestros niños. Basta recordar que, en el año de 1993, el horrendo homicida afirmó en una entrevista: "Algún día, cuando esté en libertad [...] estaré encantado de volver a matar. Esa es mi misión".

Es fundamental, entonces, la modernización y transformación de nuestra legislación penal y la infraestructura penitenciaria, con el fin de proteger a la ciudadanía dejando a un lado los sofismas, la indiferencia y las soluciones mediocres sobre un sistema carcelario hacinado y a punto de reventar. Si en el país existe dinero para financiar reinados de belleza y propaganda gubernamental, ¿por qué no han de existir recursos y presupuestos que permitan consolidar un sistema penitenciario acor-

de con la población del país y un Código Penal que responda a la realidad? Es necesario definir condenas largas y perpetuas para estos casos, mas no la pena de muerte que convertiría al Estado en otro asesino en serie.

Aunque no quiero ser pesimista, es evidente que la situación de Colombia es bastante preocupante. Con un índice de impunidad bordeando un 70% —lo que significa que buena parte de los delincuentes ni siquiera ha sido identificada y está en libertad—, con unas cárceles atiborradas y con unos investigadores mal pagados y con pocas herramientas, es altamente probable que exista más de un de Garavito atacando en algún rincón de la patria en este mismo momento.

Espero que esta obra no solo sirva para concientizar al país, sino para transformarlo, para evitar el asesinato de inocentes y para que Colombia despierte y entienda que una sociedad sin justicia es una sociedad sin paz, que habitamos entre una comunidad expuesta como ninguna otra al dolor y al sufrimiento y que nuestro Código Penal está diseñado para arcángeles, a pesar de que vivimos entre monstruos.

PEDRO ALONSO LÓPEZ

El Monstruo de los Andes

Aunque el mundo esté lleno de desgracias, tristezas, engaños y muertes, también contiene belleza y bondad. No obstante, pareciera que el diablo se paseara por la tierra acompañado de un puñado de monstruos que matan y torturan inocentes, pisotean la dignidad humana y dejan a su paso una estela de pena y dolor, cuyas aberraciones tienen por testigo a una sociedad despavorida, horrorizada, amedrentada e indiferente. Una de estas historias, la de uno de esos horribles y nefastos personajes, es la de Pedro Alonso López. Su vida representa una oscura tragedia, una pesadilla que para muchos es una realidad palpable y desgarradora, una historia olvidada, repleta de injusticia y crueldad.

A pesar de que los años han borrado de la memoria de Colombia el recuerdo de los crímenes de López, sus actos han marcado un hito en la historia universal de la infamia como un devenir de acontecimientos perdidos en el tiempo que conforman un prontuario aterrador. Sus asesinatos feroces lo convirtieron en el Monstruo de los Andes y llevaron a que sus acciones fueran señaladas como las del mayor asesino en serie de la historia, en su momento.

Para entender las razones que llevaron a un campesino de la región andina colombiana a convertirse en homicida, debemos

entender la complejidad de su mente y su historia vital, sumergiéndonos en su infancia y juventud y explorando sus sentimientos, amores y odios, situaciones que estudiaremos tratando de encontrar la raíz del mal.

Por ello, en las siguientes páginas seremos testigos de la forma en que el asesino recorrió Colombia, Ecuador y Perú, sobreviviendo con robos menores, limosnas y trabajos esporádicos, al mismo tiempo que acababa con la vida de un número indeterminado de niñas inocentes y sembraba tristeza a su paso por pueblos, ciudades y carreteras. Observaremos con consternación cómo sus asesinatos carecieron de fronteras y de justicia, ya que hasta la fecha López se encuentra en libertad, lo que constituye una afrenta para la memoria de las víctimas y una vergüenza para los sistemas judiciales de los países andinos.

La captura de un monstruo: revelaciones y sorpresas

Corrían los años setenta y la mayoría de los países latinoamericanos se encontraba bajo dictaduras y crisis económicas. En Ecuador el terror se esparcía sobre campos y ciudades eclipsando a la política internacional: el país andino se enfrentaba a la desaparición masiva de niñas en todo su territorio.

Era el año de 1979 y las páginas de los principales diarios del país estaban saturadas con fotografías y nombres de las desaparecidas. En los noticieros se mostraban imágenes de madres desconsoladas y padres furiosos que pedían justicia. El fenómeno tomó tanta importancia que alarmó al presidente de la República, Jaime Roldós Aguilera, quien ordenó a las fuerzas de seguridad redoblar sus esfuerzos en busca de los culpables de los raptos.

La policía ecuatoriana barajó diferentes hipótesis. Por el número de desaparecidas y la distancia geográfica que existía

entre cada uno de los casos, se concluyó que no debía tratarse de un individuo o una pequeña organización, sino que los culpables debían formar parte del crimen organizado. Debido a que las víctimas bordeaban la adolescencia y eran de escasos recursos, se determinó que podría tratarse de un caso de trata de blancas.

En la mente de los investigadores, la trata de blancas parecía un calamar gigante que extendía sus tentáculos alrededor del mundo, alcanzando al Viejo Continente y los países musulmanes, en donde se conectaba con lujosos harenes y prostíbulos masivos. En esos años, el delito del tráfico ilegal de mujeres estaba en auge y era perseguido con intensidad por todo el continente. En la mayoría de los países suramericanos eran comunes las leyendas urbanas sobre mujeres raptadas y esclavizadas, historias que parecían más un espejismo o un mito exótico que una realidad concreta.

Por la gravedad de la situación, se ordenó vigilar los principales puertos del país. En Guayaquil y Salinas los agentes buscaron a la temible organización entre muelles, cuarteles y calabozos, en tanto preguntaban por las desaparecidas en pensiones de mala muerte, esperando encontrar cualquier indicio que condujera a dismantelar la aterradora banda criminal.

Ante la ausencia de capturados e indicios sólidos, se barajaron otras hipótesis que incluían la venta ilegal de órganos y la existencia de redes locales de prostitución. Se inspeccionaron hospitales y unidades de trasplante, así como los burdeles de las principales ciudades del país. Desde Tulcán hasta Cuenca y de la costa a la selva, comandantes y policías tenían la orden de monitorear y vigilar a cada persona sospechosa hasta dar con los responsables de los raptos.

Ante los resultados negativos, las fuerzas de seguridad ecuatorianas consultaron con sus vecinos, en especial con el F2

colombiano, una fuerza de inteligencia vinculada con la Policía nacional. La respuesta fue alarmante: la Policía colombiana reportaba un extraño aumento en los casos de desaparición de niñas del mismo rango de edad —entre seis y catorce años— tan solo un par de años antes en la frontera con Ecuador. De otro lado, las autoridades peruanas respondieron que existía un incremento en el registro de desapariciones en los departamentos de la frontera norte, aunque consideraban que se trataba de una tendencia normal porque no existían denuncias oficiales ni pruebas de que se tratara de un fenómeno vinculado con el tráfico de mujeres.

A pesar de la información proporcionada por las autoridades peruanas, día tras día las niñas seguían desvaneciéndose, esfumándose para siempre, evaporándose como si fueran presas de algún fenómeno o fuerza sobrenatural. En ningún caso había testigos o sospechosos, no existía captura alguna y ni siquiera se habían encontrado objetos personales de alguna de las víctimas.

Meses después, durante el inicio de 1980, en la ciudad de Ambato, capital de la provincia de Tungurahua, los raptos parecían intensificarse. Los padres de familia vigilaban a sus hijas con temor. Las noticias daban cuenta de nuevos casos y la desesperación parecía apoderarse de una ciudadanía que, indignada, acusaba a cualquier sospechoso creando conatos de linchamiento.

Ambato es un centro comercial gigantesco con más de media docena de pequeños mercados especializados en diversos productos que incluyen desde plantas medicinales hasta artefactos tecnológicos. En estos lugares es común que las mujeres administren y posean puestos de comida en los que se pueden degustar los llapingachos, unas tortillas de papa en salsa de maní que se venden entre el bullicio de las gentes. También es normal

que estén acompañadas de sus hijas, quienes colaboran en los oficios de la cocina durante las duras jornadas de trabajo.

Fue en uno de esos lugares donde el enigma de las desapariciones comenzó a aclararse. El 9 de marzo de 1980, el mercado se llenaba con el olor de los caldos y las frituras y los clientes se movían por los pasillos en busca de un lugar, mientras el calor de los hornos disipaba el frío andino. En un extremo del comedor, un hombre delgado, de aspecto desordenado, con el cabello sucio y aplastado bajo una brillante capa de gomina, fijó sus ojos en la pequeña María de tan solo diez años. Su mirada penetrante atemorizó a la niña. Se acercó y le ofreció unos pocos sures para que lo acompañara. La menor dudó y, con la voz temblorosa, alertó a su mamá.

Carlina Ramón Poveda estaba a pocos metros, pues durante días había estado preocupada por su hija. No se despejaba de ella un solo instante y estaba siempre pendiente de sus movimientos, porque conocía las historias que corrían entre las vendedoras de ladrones encapuchados que atrapaban niñas humildes a quienes extirpaban los órganos para venderlos a ricos y extranjeros. Por eso reaccionó de inmediato al ver a su hija expectante frente al extraño que la miraba con deseo. Alertó a sus compañeras y, en un santiamén, el mercado se convirtió en el escenario de un ejército de vendedoras que perseguían al sospechoso, quien en lugar de un perverso contrabandista de órganos parecía un indigente. El hombre intentó huir y se escabulló hacia la salida, pero un tumulto de mujeres le cortó el paso. El sujeto se lanzó al piso y se cubrió la cabeza para evitar los golpes, gritando que él era una buena persona y que no le hacía daño a nadie.

La policía controló rápidamente la situación, más preocupada por la suerte del hombre que por su culpabilidad. En las

últimas semanas habían sido comunes los conatos de linchamiento y su prioridad era alejar al perseguido antes de que la situación terminara en tragedia. Los agentes retiraron al sospechoso del lugar, llevándolo a un cuartel cercano donde lo encerraron. Estaban seguros de que el capturado era un chivo expiatorio, un pobre diablo, una víctima de la rabia colectiva. Poco a poco se darían cuenta de que se trataba de uno de los mayores criminales de la historia.

En tanto la calma volvía al mercado, el sospechoso no cesaba de decirles a las autoridades que era una buena persona y que tenía su "corazón limpio". Afirmaba que su captura era injusta y demandaba que lo dejaran marchar. Los policías decidieron hacer un interrogatorio de rutina, una diligencia más motivada por el protocolo que por un interés específico. Los agentes utilizaron un cuestionario estándar, preguntando por su oficio, su presencia en el mercado, su origen y su nombre. El hombre sonreía y mostraba seguridad en sus respuestas; contó que se dedicaba a viajar y que trabajaba en lo que podía, que a veces pedía limosna y ayudaba a cargar bultos en los mercados, que se transportaba a pie de pueblo en pueblo y que para alimentarse consumía frutas que conseguía a la vera del camino, que no era ecuatoriano sino colombiano, que no tenía documentos y que su nombre era Pedro Alonso López.

Ante estas revelaciones, un joven teniente decidió probar suerte: golpeó al detenido y le exigió que confesara su participación en la organización que se llevaba a las niñas, lo atacó a puntapiés y lo amenazó de muerte. Pero el interrogatorio, con tintes de sesión de tortura, fue interrumpido con brusquedad. El capitán Pastor Córdoba entró a la sala y corrigió al subalterno, pues sabía que la violencia no serviría para obtener información, así que se preparó para interrogar al capturado sin agredirlo.

Las horas pasaban, caía la tarde en Ambato y el frío de los Andes se colaba por cada rincón de la comisaría. La atmósfera helada encerró a López en un mundo de silencios al tiempo que las puntas de sus dedos se enfriaban. Un halo de tranquilidad gobernaba el ambiente y se sentó pasivamente al otro lado de las rejas que lo separaban de la libertad, reponiéndose de los golpes que le habían propinado. Sin embargo, su quietud se rompió en mil pedazos y la habitación se inundó de alegría cuando el capitán Córdova abrió la puerta acompañado de un plato de comida y un paquete de cigarrillos. En ese momento, una corriente cálida recorrió el cuerpo del sospechoso hasta dibujarle en el rostro una extraña y sigilosa sonrisa. De esta forma, Pastor Córdova interpuso una estrategia para construir un lazo de amistad con el detenido. Le preguntó por su estado de salud y sus sentimientos. López respondió y entabló la charla, comentando con la voz lenta y perezosa que su mente era "muy evolucionada" y que no entendía por qué el teniente lo golpeaba. El comandante le pidió disculpas y en tono compasivo le preguntó sobre la organización de trata de blancas. Confundido y un poco molesto, Pedro Alonso le respondió que no sabía nada sobre eso y que no entendía nada. El capitán lo miró desconsolado; le dijo que necesitaba encontrar a las niñas, que sus familias estaban desesperadas y le pidió que por favor colaborara.

Al escuchar sobre las menores, el hombre asumió otra actitud, su mirada se concentró y su cuerpo se incorporó como si un tornillo se hubiese removido en su interior. El hombrecillo tímido desapareció y una presencia arrogante inundó la sala. Su voz tomó seguridad y firmeza al responder que ya entendía lo que pasaba, que "estaban equivocados: las niñas no estaban en poder de ninguna organización, sino de un ser muy especial". Córdova quedó estupefacto, porque no sabía si estaba frente a

los delirios de un demente o frente a la resolución del rompecabezas que pondría fin al misterio de las desapariciones.

Los hombres dudaban por momentos, mas la sonrisa en la cara de López se agudizaba y sus rasgos se volvían prepotentes. El investigador preguntó al sospechoso sobre el "ser especial" del que hablaba, esperando que una elucubración propia de un desequilibrado se desprendiera de sus labios. La respuesta dejó desencajados a los policías, desatando sentimientos de terror y rabia. López no dudó un solo instante, miró fijamente a los ojos de su entrevistador y respondió en forma seca: "Ese ser especial soy yo y no busquen más a las niñas, que están todas muertas".

El oficial no daba crédito a las palabras del asesino y creía que eran las de un demente. Por experiencia sabía que no es raro que algunas personas se autoinculpen de crímenes que no cometieron para llamar la atención, como tampoco es extraño que algunos enfermos que sufren de desórdenes mentales admitan crímenes imaginarios. No obstante, algo parecía no encajar y solicitó al detenido que señalara el lugar donde se encontraba el cuerpo de alguna de sus víctimas.

López aceptó sin dilación y una patrulla de policías se preparó para partir en busca del cadáver al mismo tiempo que la noticia se regaba como pólvora. En las calles se extendía el rumor de que uno de los secuestradores había sido capturado, encendiendo las esperanzas del rescate de las niñas. La alegría pronto se transformaría en dolor. López condujo a la pequeña comitiva hasta una hacienda a las afueras de la ciudad, donde lo insospechado se convertiría en realidad.

El grupo partió en las primeras horas de la mañana. Los agentes se apertrecharon con una vieja camioneta de la Policía nacional de Ecuador y tomaron rumbo al campo. A medida que se alejaban de la ciudad, las montañas andinas reinaban en

el espacio y el verde fluorescente que las cubría resaltaba con los rayos de un sol que penetraba inclemente entre el frío de la cordillera. La camioneta atravesaba una débil neblina que ocupaba el horizonte, en tanto López sonreía y guiaba al conductor por un laberinto de caminos rurales. El asesino parecía tener un mapa incrustado en su memoria, pues conocía a la perfección cada ramal de la intrincada maraña de senderos de la zona, a pesar de haber estado tan solo una vez en ese lugar.

Después de algunas horas los investigadores lucían agotados y el sospechoso los llevaba por caminos cada vez más distantes. Habían dejado atrás varias poblaciones y solo algunas casas de campesinos e indígenas se asomaban silenciosas y solitarias a los costados de la carretera. De repente, López pidió detener el vehículo, descendió con tranquilidad, fijó su vista en un rincón de la polvorosa vía que transitaban y avanzó caminando como un autómatas, internándose en un potrero.

El grupo sobrepasó varias alambradas en medio de praderas y rodeados de vacas holstein, hasta que distinguieron una curiosa construcción de madera, una especie de cajón o caseta, frente a la que se detuvieron. "Aquí está la prueba señores. Aquí tengo una de mis muñecas", afirmó López, rematando la oración con un risa mordaz.

Los policías estaban seguros de que se trataba de un engaño, aunque debían llevar la diligencia hasta el final. Se acercaron hasta la pequeña caseta y, armados con palancas, forzaron la desvencijada puerta, que se quebró dejando al descubierto una dantesca y horrorosa escena. Frente a sus ojos se encontraba un pequeño cadáver encogido de forma antinatural sobre un viejo colchón. El cuerpo estaba desnudo y comprimido. A su alrededor se encontraban sus ropas y varios periódicos arrugados y amarillentos. Los agentes contuvieron la rabia y la respiración;

al parecer, aquel hombre sencillo que se frotaba las manos y sonreía como un desquiciado era el responsable único de la mayor serie de desapariciones en la historia ecuatoriana.

Una vez alertado, el resto del equipo llevó el cuerpo hasta las oficinas de los médicos forenses, donde se determinó que la víctima había sido violada en repetidas oportunidades y que su muerte había sido causada por estrangulamiento. Al revisar su ropa, se dieron cuenta de que concordaba con la de una de las desaparecidas, llamada Ivanova Jácome. Los padres pronto se presentaron y reconocieron los vestidos como los de su hija. La información llegó con rapidez hasta el presidente de la República, quien ordenó que se llevara al asesino a los sitios que solicitase para recuperar la mayor cantidad de cuerpos:

El capitán Córdova fue oficialmente encargado de la investigación. Con el fin de conseguir información, perfeccionó su estrategia y creó un lazo de amistad con el asesino. Le llevaba pollo —su comida favorita— y se sentaban juntos a fumar cigarrillos sin filtro y a tomar café, mientras una grabadora recogía cada una de las conversaciones que sostenían. En una de esas sesiones, el oficial le preguntó a López cuántas niñas había asesinado. Con gran tranquilidad, el asesino miró el techo de la habitación, estiró sus brazos y afirmó: “Más de doscientas en Ecuador, algunas decenas en Perú y muchas más en Colombia”. El capitán palideció. Si Pedro Alonso decía la verdad, se trataba del mayor asesino en serie de la historia de la humanidad en su momento.

Es normal que muchos asesinos seriales se adjudiquen más asesinatos de los que cometieron. Por ejemplo, en Estados Unidos, pese a que el asesino serial Henry Lee Lucas afirmó ser el culpable de la muerte de más de mil personas, se ha establecido que no estuvo involucrado en más de una docena de homicidios. Lee nació en el año 1936 en un pueblo de Texas y, como

otros asesinos seriales, llegó al mundo en el seno de una familia desestructurada. Su padre, Anderson Lucas, había perdido las piernas en un accidente ferroviario y pasaba sus días en medio del desempleo y el alcoholismo. Su madre, Viola Lucas, era una indígena apache que había sido expulsada de su comunidad. La juventud de Lee estuvo rodeada por el crimen, y pasó parte de su adolescencia entre rejas por robos menores. En 1960, a la edad de 23 años, volvió a casa luego de salir de la cárcel, pero sus conflictos internos destruirían su hogar. Luego de un altercado con su madre, tomó un cuchillo de cocina y la apuñaló hasta matarla para luego tener sexo con su cadáver.

Muchos psicoanalistas explican los ataques por apuñalamiento como una analogía de la penetración del falo en el cuerpo de la víctima. Con su ataque, el agresor recrea de manera simbólica una violación figurada, violenta y mortal. En este caso la violencia sexual fue real y explícita, lo que podría explicarse como una mala resolución del complejo de Edipo.

Según Freud, el complejo de Edipo se refiere a la atracción pre-sexual que, inconscientemente, siente un niño por su madre. Simultáneamente, surge en el niño un sentimiento de odio por el padre.

El periodo de manifestación del complejo abarca, aproximadamente, los seis primeros años de vida del niño, como parte de la llamada etapa fálica. La actitud comprensiva de los padres ayuda a solucionar este conflicto y el hijo puede salir del complejo. Para lograrlo, el niño intenta parecerse a su rival, el padre, para superarlo, y termina identificándose con él. El padre se vuelve un modelo, un ejemplo a seguir. Lo mismo ocurre con la niña y su madre.

Sin embargo, en el caso de López, la ausencia del padre y la mala identificación con su madre hacen que canalice su libido,

su deseo sexual, hacia la violencia, la destrucción y el odio. El miedo y la frustración se transforman en agresión y deseo de muerte.

Luego del crimen, Henry Lee Lucas fue detenido y sentenciado por el homicidio de Viola, con el atenuante de ser considerado una persona con problemas mentales. Durante cuatro años se le sometió a electrochoques, recluido en una cárcel de mediana seguridad. Alrededor de 1975 fue liberado y, de forma similar a Pedro Alonso López, se convirtió en nómada, iniciando una cadena de asesinatos en las autopistas del estado de Florida. Allí conoció a Ottis Toole, quien también se interesó por el asesinato. Juntos formaron un dúo letal que esparció muerte por las carreteras del sur de los Estados Unidos. Ottis no estaba solo: le acompañaba su sobrina Becky, de 15 años de edad, que se convirtió en cómplice y pareja sexual de Henry. Después de una pelea, la niña terminó siendo otra de sus víctimas. Llevado por sus más bajos instintos, Lucas le clavó un puñal en más de veinte oportunidades para luego violar y desmembrar su cadáver.

Empero, su cadena de infamia no duró mucho. Luego del homicidio, la policía lo identificó y fue capturado, lo que lo llevó a confesar los asesinatos que había cometido. La noticia de sus crímenes se propagó y, de un momento a otro, el rostro de Lucas empezó a aparecer en las portadas de periódicos y revistas. El asesino parecía gozar de su inesperada fama pues, de la noche a la mañana, un indigente asesino se convirtió en una figura mediática.

En sus primeras confesiones afirmó que llevaba más de diez años matando, aunque a diferencia de los captores del Monstruo de los Andes, la policía de Florida creyó en su declaración. Obnubilado por la fama, Henry confesó ante las cámaras los asesinatos de hombres, mujeres y niños de formas inverosímiles: estrangulamientos, fusilamientos, canibalismo y crucifixión

formaban parte de sus relatos fantasiosos. Al explicar sus motivos, afirmó hacerlo como sicario o como parte de una secta satánica. Hoy sabemos que la mayoría de sus crímenes fueron falsos y que sus historias eran una forma de suplir su necesidad de reconocimiento.

El Monstruo de los Andes también expresaría tal necesidad, ya que, a partir de la aparición de la primera víctima, su imagen empezó a circular en la prensa, que lo señalaba como el responsable de las desapariciones que habían azotado a Ecuador en los últimos meses, lo que desató en él un ímpetu por confesar; contrarias a las declaraciones de Henry Lee Lucas, las suyas fueron comprobadas.

Los asesinatos: los crímenes del mayor homicida serial de la historia

Conocida la noticia, los padres de las niñas desaparecidas se llenaron de dolor y odio, sentimientos que no eran ajenos a la prensa que bautizó al asesino como el Monstruo de los Andes. El inconformismo se esparcía por las calles y las autoridades seguían la estrategia del capitán Córdoba para conseguir la recuperación de la mayor cantidad posible de cuerpos. Entretanto, López gozaba siendo el centro de atención de los medios de comunicación y se regocijaba leyendo los titulares de prensa. Pedía con insistencia las últimas ediciones de los diarios y los repasaba como un pastor que busca consejo en su Biblia.

Pese a ello, aún existían dudas sobre la verdadera magnitud de sus asesinatos. Por ello, el capitán Córdoba intensificó sus visitas al calabozo donde tenía atrapado al Monstruo, quien, emocionado y con una sonrisa luminosa, comunicó a los detectives que estaba dispuesto a llevarlos al lugar donde tenía guardadas a sus "muñequitas". En poco tiempo se organizó una

expedición con el fin de escoltar al asesino. Los investigadores se prepararon para una excursión rural, mas el homicida sorprendió a sus captores al decirles: "Caballeros, no hay que ir tan lejos; mi muñeca está a unas pocas cuabras". Sus palabras congelaron al grupo y un ambiente de tensión se apoderó del lugar. La frustración eclipsaba el rostro de los policías tras escuchar que el asesino había actuado frente a sus narices.

El Monstruo los guió hacia el oeste, a pocas calles del centro de la ciudad. La comitiva zigzagueó entre el bullicio del comercio hasta llegar a un puente de grandes dimensiones que cruza el cañón del río Ambato. "Aquí es", dijo con la voz llena de alegría al descender de la patrulla policial. En el lugar también se hicieron presentes los familiares de las desaparecidas y un gran grupo de curiosos.

López dirigió a los investigadores hasta la base del puente, se frotó las manos con una mueca infantil y señaló un pequeño montículo de piedras y periódicos amarillentos. Un par de agentes se acercaron y removieron las rocas con rapidez, al mismo tiempo que emergieron los restos de una niña. Un grito de dolor se extendió entre los espectadores que presenciaban la diligencia y un diluvio de piedras e insultos cayó sobre el asesino, que parecía sentirse una estrella de cine desfilando sobre un tapete rojo.

Córdoba dio la orden de apartar al Monstruo para evitar un linchamiento, porque la situación podía salirse de control en cualquier momento a pesar de que los policías contenían la furia colectiva en tanto los peritos médicos realizaban el levantamiento del cadáver.

Ya en la patrulla, a salvo de la muchedumbre, Pedro Alonso López empezó a confesar los detalles de su crimen. Días antes había estado vagando por las calles que rodean el puente

buscando algo de comer y un lugar donde dormir. El día del homicidio se encontró con la menor Hortensia Garcés vendiendo periódicos en una céntrica esquina de la ciudad. Se acercó a la niña y le compró un diario para evitar que desconfiara de sus intenciones; acto seguido, aprovechó su acento extranjero y fingió estar perdido en la ciudad. Enseguida le ofreció una módica suma de dinero para que le sirviera de guía. La treta estaba armada y la pareja caminó algunos minutos entre una veintena de peatones que ignoraban la horrenda escena que estaba gestándose.

López engañó con astucia a la niña, a quien hizo descender por las escarpadas faldas del cañón sin mayor oposición. Debajo del puente, a plena luz del día, la atacó golpeándola y desnudándola para luego violarla, dejándola semiconsciente tras su violenta actuación. Sin embargo, algo parecía incompleto: López necesitaba verla morir y le propinó algunas cachetadas esperando que se incorporara. Una vez despierta, le besó la frente y las mejillas para estrangularla sin dejar de verla a los ojos. Luego la estrechó con fuerza contra su cuerpo hasta que falleció entre sus brazos.

A la mañana siguiente ocultó el cadáver bajo una montaña de piedras, desechos de construcción y los periódicos que vendía la infortunada víctima, diarios cuya primera página mencionaba la alarmante sucesión de desapariciones que azotaban a la ciudad. Los policías grabaron cada una de las palabras del asesino al tiempo que los médicos forenses confirmaban que la niña había sido violada y estrangulada. Tan solo un par de horas después se encontraban de nuevo en una carretera en búsqueda de más víctimas.

La camioneta de la policía serpenteaba en medio del frío andino y de las volcánicas montañas de la sierra ecuatoriana. En

su interior, el capitán Córdoba trataba de contener sus sentimientos de odio y rabia contra el Monstruo de los Andes, quien sonreía, miraba impávidamente el paisaje que se abría en el horizonte e impartía órdenes al conductor, guiando el auto por un laberinto de caminos de polvo que servían de sistema de comunicación a los alrededores de Ambato.

Después de un par de horas, López mandó que detuvieran el vehículo en medio de una colina donde la brisa helada de las montañas movía las hojas de los árboles, llenando el lugar de nostalgia y melancolía. El Monstruo se calentaba las manos con su aliento mientras su rostro parecía rebosar de alegría. "Sigamos por acá. Aquí es donde está otra de mis muñequitas", dijo emocionado marchando con ansiedad hacia una vieja casa abandonada. "Está dentro", informó a los detectives. De inmediato uno de los hombres rompió el candado de seguridad de la estropeada puerta de madera que les impedía el paso. Ya en el interior de la vivienda, un cuadro horroroso perturbó a los asistentes. Sobre el piso se encontraba el cadáver de una niña desnuda en estado de putrefacción. Alrededor, sus ropas estaban esparcidas en desorden y su verdugo parecía disfrutar con el escenario. Al percatarse de la situación, el capitán Córdoba ordenó que se dispusieran los medios para trasladar los restos a la ciudad y pidió sacar al criminal del lugar.

Días después, el Monstruo de los Andes relataría los detalles del homicidio. Según su declaración, una mañana se encontraba caminando por una céntrica calle de la ciudad cuando se encontró con una niña morena. Le preguntó por sus padres, a lo cual la pequeña contestó que se encontraban en una tienda a pocos metros del lugar. Al darse cuenta de que se trataba de una niña amigable y confiada, el homicida se dispuso a seguir con su rutina de engaños. Simulando estar perdido, le ofreció una

cantidad de dinero para que lo guiara al terminal de transportes. La niña cayó en la trampa y, sin darse cuenta, no solo guió al desconocido, sino se sentó junto a él en el bus camino a Quito. A mitad del trayecto López la hizo descender en un terreno solitario frente a la mirada de un buen número de viajeros. La pareja caminó durante algunas horas por campos y senderos solitarios, porque el asesino buscaba fatigar a la víctima "para que tuviera menos fuerzas para defenderse", como confesó ante la grabadora del capitán Córdoba.

Luego de avanzar entre cultivos y praderas, el Monstruo encontró una casa abandonada, la rodeó y observó que estaba sellada y sin posibilidad de entrada. Utilizó su poder de convencimiento y manipulación para que la niña ingresara con él por un agujero abierto en el cielo raso. En el interior de la vivienda, nada lo detuvo: golpeó a la menor y le rompió sus vestidos, para después violarla durante al menos doce horas. La niña se desmayaba debido a la violencia del ataque, ante lo cual López la revivía con intermitencia dándole pequeños golpes y llamándola. Cuando despertaba, volvía a violarla y la estrangulaba para mirar en sus ojos cómo su inocente vida se extinguía en medio de la soledad. Durmió abrazado al cuerpo y huyó del lugar con los primeros rayos del sol.

Estas escenas e historias pavorosas se repitieron durante las siguientes semanas. El grupo de detectives desenterró y recuperó más de treinta y cinco cuerpos. En la comisaría de Ambato se levantó una pequeña morgue improvisada, donde los familiares de las desaparecidas desfilaban llenos de tristeza y dolor. Las víctimas eran reconocidas por su edad y sus vestidos, así como por algunos detalles y accesorios como aretes o relojes.

A medida que las niñas eran identificadas, la rabia y el malestar se esparcían entre la población, que creaba conatos de

revuelta aclamando justicia. Lluvias de piedras y padres expectantes esperaban afuera de los calabozos de la comisaría donde se encontraba encerrado el Monstruo de los Andes. Fue tanta la presión de la ciudadanía y el interés de los medios de comunicación que se organizó una improvisada rueda de prensa.

La escena parecía extraída de una película surrealista. Más de una docena de periodistas esperaban en un viejo salón del cuartel la llegada del mayor asesino en serie de la historia. Los comunicadores aguardaban con ansiedad hasta que, escoltado por dos agentes, apareció un hombre desgarrado, de mediana estatura, nariz aguileña y recién afeitado, que permaneció en silencio algunos segundos frente a los flashes de los fotógrafos que se estrellaban contra su cabello embadurnado de gomina. El Monstruo sonreía exhibiendo su dentadura incompleta y el brillo de sus ojos cafés; como si acabara de ganar el Premio Nobel, se pavoneaba arrogante frente a una nube de reporteros que de inmediato empezó a lanzarle sus preguntas.

Las respuestas de López fueron aún más perturbadoras que su aspecto. Cuando se le preguntó por qué mataba y violaba a las niñas, el asesino respondió: "Yo no he matado a nadie, ustedes están muy equivocados, soy una persona muy especial, enviada por un ser superior, para salvar a las niñas de todos estos países, para salvarlas de tanto sufrimiento y tanta pobreza; cuando veo una niña desgraciada en la calle la llevo a descansar". Un silencio incómodo inundó el aire por algunos segundos, para ser roto por un bombardeo de preguntas que se mezclaban entre sí. Al averiguar por el número de víctimas que había asaltado, contestó: "Muchas; no sé exactamente el número, pero mi labor ha sido muy dura en Ecuador, donde son por lo menos doscientas; en Perú, como cincuenta, porque me sacaron corriendo de allí, y en Colombia, muchas más, porque es mi patria". A cada

respuesta el auditorio actuaba con incredulidad. El asesino era frío y seco; hablaba de las niñas como si fueran objetos cuando se refería a ellas como sus "muñequitas". Nunca las identificaba por su nombre ni por algún detalle personal. Mezclaba las noticias políticas que leía y escuchaba para crear un discurso que justificara sus actos en medio de su prepotencia; por eso, al preguntarle qué haría ahora que estaba capturado, replicó: "Por ahora, ayudar a encontrar más de mis muñequitas; después me voy a seguir con mi obra a los Estados Unidos, porque allá hay muchas niñas que sufren y yo lo que estoy es cumpliendo con un deber revolucionario".

Si bien nos pueden parecer excéntricas e incoherentes, sus respuestas nos develan la razón de sus actos y nos sirven para internarnos en su mente criminal y descifrar el enigma de su brutalidad. Estas afirmaciones muestran un rasgo característico de la mayoría de los asesinos en serie alrededor del mundo: una personalidad psicopática. La psicopatía es un trastorno de personalidad antisocial. Los psicópatas son mentirosos, compulsivos, encantadores y atractivos, utilizan su conocimiento de la sociedad que los rodea para manipular y engañar a otros, no sienten miedo y tampoco sufren de culpa o remordimiento; por esa razón son propensos al crimen y al maltrato. Se calcula que al menos uno por ciento de la población mundial sufre de esta enfermedad.

Cabe anotar que los psicópatas no son siempre sanguinarios delincuentes; al contrario, pueden ocupar puestos de alto nivel en la empresa privada o el Gobierno y ser personas destacadas de la comunidad en donde viven, escondiendo en el fondo una personalidad egoísta y manipuladora.

La falta de sentimientos de culpa es evidente en López, quien, en medio de su enajenación, solo se preocupa por sí mis-

mo. Goza al convertirse en el centro de atención y siente poder al ser buscado por cámaras y micrófonos. Sus relatos y respuestas tienen una profunda distancia de los horrores que comete. Lo trascendental es su placer y ser el centro del mundo, y le genera excitación vanagloriarse de sus acciones frente al dolor de los demás.

Otra particularidad de los psicópatas aplicable a López es su falta de empatía, definida como la capacidad de sentir lo que experimentan otros, un sentimiento común a la mayoría de los seres humanos. Por ejemplo, cuando lloramos al observar una escena triste en el cine o cuando nos enternece un niño o un cachorro, nos vinculamos con la escena y nos estremecemos con los estímulos que nos rodean. Muchos psicópatas no tienen estas sensaciones y parecen no percibir sentimientos frente a circunstancias externas, lo que favorece que sus actuaciones sean frías y crueles.

Otra característica que sorprendió a los investigadores ecuatorianos en el caso de López fue su falta de piedad frente a las víctimas, lo que muestra una tendencia sádica. El asesino no solo atacó a las niñas en el momento en que estaban más indefensas, sino que las martirizó con más fuerza cuando pidieron clemencia o rogaron por sus vidas. Es como si su sangre hirviera de placer al verlas sufrir.

Valga señalar que el sadismo es una definición construida por la psicología desde principios del siglo xx y hace alusión a la sensación de placer sexual o emocional que sienten algunos individuos al infligir dolor o sufrimiento a otros. La palabra proviene de las obras literarias y ensayos filosóficos producidos por Donatien Alphonse François de Sade, conocido por su título de marqués de Sade, quien en sus novelas narra innumerables violaciones, incestos, torturas y mutilaciones. Estos libros

gozaron de gran popularidad desde su edición en el siglo XVIII. El marqués de Sade terminó y pasó gran parte de su vida encerrado y en algunas ocasiones escribiendo sus textos con sangre sobre las sábanas del manicomio en donde fue recluido tras ser perseguido por una sociedad intolerante que lo veía más como a un demente que como a un artista. Sus letras inspiraron generaciones de escritores y científicos sociales.

Además de poseer rasgos sádicos, los crímenes de López son rutinarios y sistemáticos. En cada lugar, la escena del crimen parece calcada de la anterior. El Monstruo utiliza la misma técnica para acabar con la vida de las niñas: las engaña prometiéndoles dinero y las lleva a lugares apartados, haciéndolas caminar largos trayectos para someterlas con más facilidad. Alejados de posibles testigos, las viola y golpea para después estrangularlas, no sin antes revivirlas si han quedado inconscientes, con el fin de volver a violarlas y ver en sus ojos el momento de la muerte. Luego duerme abrazado a los cadáveres hasta que se enfrían y más tarde los abandona.

Cada una de estas actuaciones repetitivas nos sirve para descifrar las motivaciones e impulsos del homicida. Utiliza su encanto y su capacidad de manipulación para engañar, lo cual le proporciona sentimientos de poder que se unen al placer sexual cuando viola a sus víctimas. El asesino encuentra así un cúmulo de intensas sensaciones de control y goce, emociones que se vuelven muy gratificantes y que busca repetir con cada crimen.

Su obsesión por observar la muerte en los ojos de sus víctimas es una característica más de su necesidad de ejercer control sobre el mundo, de tener la potestad de destruir y de experimentar una sensación de omnipotencia. Al conectarse con la mirada de su víctima, el asesino busca encontrar el vacío y la destrucción que él mismo produce. En los años ochenta, un

grupo de periodistas de la televisión ecuatoriana preguntó al Monstruo de los Andes cómo era la muerte y este respondió: "Es la oscuridad; los ojos se van cerrando hasta que no queda nada. Es la nada".

De manera similar, el 2 de enero de 1999, el corresponsal y fotógrafo estadounidense del *National Examiner* Ron Laytner publicó una antigua entrevista con Pedro Alonso. En ella volvió a mencionar la importancia que tenían para él los ojos de sus víctimas: "Me sentía satisfecho con un asesinato si lograba ver los ojos de la víctima. Había un momento divino cuando ponía mis manos alrededor del cuello de las niñas y observaba cómo se iba apagando la luz de sus ojos. El instante de la muerte es terriblemente excitante. Una niña necesita unos quince minutos para morir. Era como una fiesta". Esta relación entre la vida y la mirada, entre la luz y la oscuridad, la existencia y la nada es la que lo lleva al éxtasis, pues, como ya mencionamos, en los ojos ve representada su acción devastadora.

Por otra parte, el hecho de dormir abrazado a los cadáveres es una muestra de relajación y tranquilidad. Luego de la ansiedad acumulada entre las diferentes muertes llega un momento de distensión y saciedad, evidente en el hecho de que se queda dormido después de cada estrangulamiento, como si cayese en un trance tranquilizador. Este sentimiento sale a relucir en sus conversaciones con el capitán Córdoba: "Después de dormir con mis muñequitas, quedaba tranquilo, como lleno de energía", dijo el sanguinario asesino en medio de sus interrogatorios. En su estructura mental, las víctimas no poseen ningún atributo moral; son solo objetos, entes que le sirven para obtener placer. Las denomina y compara con elementos inanimados como las muñecas, que son representaciones inertes de personas. En definitiva, para López no existe el valor de la vida, como

quedó en evidencia en la entrevista concedida a Ron Laytner: “Después de un rato [...] porque no podía moverse [la víctima], me aburría y me iba en busca de chicas nuevas. Es como comer pollo. ¿Por qué comer pollo viejo si se puede tener el pollo joven?”, respondió al fotógrafo cuando le preguntó por la razón de tantas muertes.

Deshumanizar a las víctimas es común en la mayoría de los asesinos y violadores seriales, ya que, para ellos, los “otros” no son más que un medio para conseguir sus objetivos, cosas puestas en el mundo para ser utilizadas y desechadas a su antojo.

Para el capitán Córdoba y su equipo, muchas de estas actitudes resultaban sorprendentes y se hacían palpables día a día. Con el paso de los meses, el Monstruo de los Andes los llevó lejos de Ambato, transportándolos por casi todas las provincias de Ecuador. Viajaban con premura, transitaban de pueblo en pueblo, de tumba en tumba, levantaban información con las comunidades y recolectaban pruebas para incriminar al homicida.

En algunos lugares los cuerpos no aparecieron, porque habían sido esparcidos por inundaciones y animales o habían sido hallados con anterioridad a la diligencia. En los alrededores de la ciudad de Santo Domingo de los Colorados se encontraron varios cadáveres y en el Cantón de la Troncal, en la provincia del Cañar, aparecieron varias osamentas de niñas. En cada uno de estos lugares el asesino se regocijaba y parecía sentir alegría frente a su macabra obra. Sus confesiones y sus historias eran casi las mismas en cada lugar. Engaños, violaciones y estrangulamientos. Los restos y lugares parecían interminables: Tulcán, Quito, Azogues, Manta, el país entero estaba sembrado de cadáveres.

Se llegaron a recuperar 57 cuerpos, todos de niñas entre los 7 y 12 años pertenecientes a clases populares. Luego el Monstruo dejó de cooperar debido a que al comienzo de su juicio

se sintió traicionado por sus “amigos” policías y cayó en un profundo silencio.

Por esa misma época, el periodista colombiano Jairo Enrique Gómez Remolina, especializado en crónica roja y que publicaría más tarde el libro *El estrangulador de los Andes*, se interesó por el caso y realizó un recorrido por tierra desde Bogotá hasta Ambato, encontrando a su paso una gran cantidad de niñas desaparecidas. El Espinal, Neiva, La Plata, Popayán, El Bordo y Pasto son tan solo un puñado de las poblaciones en donde el comunicador encontró decenas de denuncias por parte de padres y autoridades que parecían confirmar las confesiones del Monstruo.

Gómez Remolina tuvo contacto con López durante varios días y conoció a fondo la mente del criminal. El periodista estaba interesado en saber si el Monstruo de los Andes podría ser el mismo Monstruo de los Mangones —un mítico asesino serial que azotó Cali en la década del setenta y de quien se tienen pocas pruebas— o si podría ser el mismo Sádico del Charquito —un homicida de mujeres que atacaba en cercanías al Salto del Tequendama a las afueras de Bogotá—, luego identificado como Daniel Camargo Barbosa, a quien dedicaremos un capítulo entero de este libro.

Cuando Gómez Remolina preguntó a López sobre el asunto, este respondió: “Yo por Cali no he viajado. Yo siempre he permanecido en Bogotá. Cuando viajo, lo hago siempre por Tolima, Huila, Cauca y Nariño. Después entro al Ecuador y paso al Perú, que también conozco; esa es mi ruta preferida. Si nos pudiéramos a sacar las muñequitas de por ahí, duraríamos años”. Era claro entonces que se trataba de un sujeto que había actuado durante mucho tiempo sin ser descubierto y que no tenía relación con los demás criminales buscados en Colombia.

Pero como si fuera un designio cósmico, el importante trabajo de Gómez Remolina fue truncado. El 4 de diciembre de 1986, el afamado periodista se encontraba departiendo en un restaurante, celebrando el fin de un año laboral, cuando un hombre se levantó de la mesa contigua y empezó a disparar en forma indiscriminada. En pocos segundos el comunicador fue asesinado junto con otras veintiocho personas por Campo Elías Delgado, quien sería conocido más tarde como el Pozzeto, por el nombre del restaurante en donde ocurrió la masacre.

En 1981, luego de un juicio que fue centro de atención de los medios, Pedro Alonso López fue sentenciado a dieciséis años de prisión, condena corta y laxa porque la legislación penal ecuatoriana, así como la colombiana, no contempla la acumulación de penas. De esta manera, el asesinato de una niña tiene el mismo peso ante la ley que el de miles. López cumplió su condena e incluso recibió rebajas por buen comportamiento y fue deportado a Colombia, donde torpemente fue liberado por el sistema judicial de este país en 1998.

Antes de dedicarnos a los últimos años de reclusión de Pedro Alonso López y su destino, debemos preguntarnos por su infancia y juventud, por las situaciones y acontecimientos que llevaron a que un niño se convirtiera, con los años, en el mayor asesino serial de la historia de la humanidad. Demos un vistazo a la forma en que se gestó el despiadado Monstruo de los Andes.

Cómo crear un monstruo. Infancia y juventud de Pedro Alonso López

Pedro Alonso López nació el 8 de octubre de 1948 en la población de Santa Isabel, departamento del Tolima. Llegó al mundo el mismo año en que fue asesinado el líder liberal Jorge Eliécer

Gaitán en una de las épocas más violentas que ha vivido Colombia, un período conocido como la Violencia, cuando los seguidores de los dos partidos políticos hegemónicos —liberal y conservador— encendieron los campos y ciudades del país con la muerte y el odio sectario, produciendo un torrente de sangre que dejó huellas en cada uno de los colombianos.

En ese lapso, Santa Isabel fue azotada con especial crueldad. Bandas de paramilitares conocidos como los Pájaros perseguían a los miembros del partido liberal asesinándolos, amenazándolos o despojándolos de sus tierras. Los padres del Monstruo de los Andes eran liberales y vivían en medio del campo, en donde se dedicaban al cultivo de frutas y vegetales, así como al cuidado de especies menores y aves de corral. Todo parecía plácido en la sencilla vida que llevaba la pareja, pero la violencia les arrebató la calma.

Grupos de conservadores armados habían llegado a la región buscando información sobre los liberales de la provincia a quienes amedrantaban quemando sus casas y robando sus animales. Al percatarse de la situación, los vecinos del caserío de mayoría liberal, decidieron armarse para defenderse. Pedro Alonso, padre del futuro Monstruo, tenía una fuerte motivación para luchar: su joven esposa estaba a punto de traer al mundo a su primer hijo. Sin embargo, la guerra fue más fuerte que sus sueños y, en medio de un rápido enfrentamiento, el grupo de hombres con el que patrullaba la zona fue emboscado y aniquilado.

A causa de este suceso, Bernilda López quedó sola, embarazada y en medio de la violencia. Esa misma madrugada huyó en silencio, dejando atrás sus tierras y su tranquilidad. Varios días después, luego de un largo camino, la acongojada mujer logró establecerse junto a su madre en El Espinal, una población cercana al río Magdalena famosa por sus haciendas arroceras.

Ya a salvo, Bernilda sufrió ataques nerviosos ocasionados por el trauma que le produjeron los acontecimientos que había soportado, por lo que estuvo postrada en su cama durante semanas como consecuencia de una profunda depresión. Al ver el estado en que se hallaba, su madre cuidó de ella con las mujeres del pueblo. Poco tiempo después nació Pedro Alonso López, un niño sano y saludable a quien se bautizó con el mismo nombre del padre y el apellido de la madre.

Sobre la infancia del asesino en serie existen dos versiones: la proporcionada por su madre Bernilda López y la narrada por él mismo en sus confesiones. Antes de internarnos en el relato, cabe anotar que la mayoría de los psicópatas busca engañar a las personas que los rodean, culpan a la sociedad de sus crímenes y se escudan en las circunstancias que han soportado en sus vidas para no asumir la responsabilidad de sus acciones.

Según doña Bernilda López, después del nacimiento de Pedro Alonso conoció a un hombre con quien se casó y creó un nuevo hogar. Era una mujer joven y sola en un mundo hostil, razón por la cual decidió darse una nueva oportunidad. De este matrimonio nacieron nuevos hijos que junto con Pedro compartieron un hogar lleno de necesidades y sumido en la pobreza.

Cuando el niño cumplió cuatro años de edad, Bernilda le informó que su verdadero padre había sido asesinado antes de su nacimiento. A partir de ese instante, empezó a tener una actitud distante hacia sus hermanos, buscaba la soledad, se cerraba en sí mismo y se alejaba del mundo exterior. En todo momento rehuía la compañía de su familia, se apoderaba de los rincones más apartados de la vivienda y le reclamaba a su madre por haberse casado otra vez. Rechazó a su padrastro, quien reaccionaba ante al desprecio con violencia castigando física y psicológicamente al niño, lo cual degradó con más profundidad los lazos que lo unían con la familia.

Por otra parte, el Monstruo de los Andes tiene una visión diferente de sus primeros años. Para él, su infancia estuvo marcada por el maltrato de su madre y su padrastro, y fue testigo en varias oportunidades de las relaciones sexuales que sucedían al interior del hogar. Su representación de la familia es contradictoria. El amor y la fraternidad se remplazan por los celos y la rabia, sentimientos que gestaron en su interior un profundo odio hacia Bernilda

A la edad de diez años, un evento traumático marcaría la vida de Pedro Alonso. En un impulso de rebeldía y desesperación decidió escapar de su casa, empacó su ropa y desapareció sin informar a nadie su decisión. Bernilda estaba agobiada, puesto que su hijo se había evaporado sin dejar rastro llenando su corazón de tristeza. Lo buscó sin cesar, recorrió el pueblo palmo a palmo, sin encontrar pista alguna de su paradero. Algunas personas afirmaban que lo habían visto abordar un bus hacia Ibagué con un extraño y otros decían que estaba escondido en la casa de un vecino, mas en realidad había huido a pie hacia Bogotá.

Ya en la capital colombiana, el niño se enfrentó a un mundo hostil y violento. Vivió en las calles cercanas al centro de la ciudad sin techo ni alimento. Poco a poco adquirió el modelo de vida que lo caracterizaría para siempre y marcaría su existencia: comenzó a errar por la urbe sumido en la indigencia. No obstante, López no era el único niño que buscaba refugio en las aceras y se reunió con otros menores en iguales condiciones con los que formó un "parche de gaminés". El grupo se dedicaba a protegerse, a pedir limosna y a robar para sobrevivir; dormían en casas abandonadas y debajo de puentes vehiculares; se bañaban en fuentes públicas y consumían marihuana y bazuco para aplacar el hambre y calentarse durante las frías noches bogota-

nas. De esta manera, el Monstruo de los Andes sobrevivió sus primeros años entre las calles más sombrías y peligrosas de la capital, aprendiendo a permanecer en medio del hampa, la indiferencia y el rechazo social.

Dentro del grupo de niños indigentes había dos niñas que el asesino recordó con especial cariño durante los interrogatorios: "Con nosotros habían dos chinas; les tenía mucha estima. Una se la robó un hombre sin que pudiéramos hacer nada y la otra la recogió la policía. Si pudiera las hubiera mandado a descansar como a las otras para evitarles sufrimientos". Esta relación con las niñas, su desaparición y la muerte deja entrever aspectos de la mente del homicida. En este caso, el acto de matar tiene un significado "altruista", ya que en su estructura de pensamiento asesinar aparece retorcidamente como una forma de socorrer y aliviar las penas.

Según su confesión, fue a raíz del robo de sus amigas que decidió arrojarle a la soledad y romper sus relaciones con la pandilla. Sin embargo, no pasaría mucho tiempo desamparado. Tan solo un par de meses después fue recogido y adoptado por una pareja de extranjeros que lo matriculó en un colegio en el cual alcanzó a abrazar una niñez normal. Estuvo muy interesado en la lectura y se destacó en pocos días por su locuacidad y dinamismo, pero la vida le aguardaba un duro golpe. Uno de los profesores de la escuela esperó que los demás niños salieran de clase e intentó violarlo, razón por la cual se sintió traicionado y huyó al único lugar en donde se sentía seguro: la calle.

En otra de sus confesiones relató cómo fue adoptado por una pareja de zorreros que habitaban en el barrio La Concordia de Bogotá. Con ellos aprendió a manejar la zorra —una carreta artesanal halada por un caballo—, vehículo que utilizaba para cargar a cualquier niña que le gustara y se encontrara en su ca-

mino, a quien luego violaba y arrojaba malherida en algún sitio de las afueras de la ciudad.

A pesar de que estas dos historias suenan coherentes son difíciles de comprobar, pues se basan en recuerdos del asesino que bien pueden ser manipulaciones o partes de una historia fantástica creada por el psicópata para engañar a la sociedad y justificar sus crímenes.

En 1966, Bernilda López se había sobrepuesto a la tragedia y se encontraba dedicada a las labores del hogar, cuando de repente un vecino irrumpió en su vivienda para informarle que su hijo había regresado. Después de muchos años Pedro Alonso López estaba de nuevo en El Espinal. El niño que había huido regresaba transformado en hombre. Sin mayor explicación, el joven se instaló en la casa, convirtiéndose en un problema para la familia. Trataba con desprecio a Bernilda, reprochándole haberse casado otra vez y haber traído otros hijos al mundo. En el futuro asesino pasó algunas semanas con su familia en lo que consideraba sus vacaciones, aunque la situación se agravó cuando sus hermanas empezaron a quejarse de ser manoseadas por el visitante. Las agresiones llegaron a un extremo intolerable cuando Bernilda lo descubrió intentando abusar de su hermana más pequeña, razón por la cual lo expulsó a golpes de la casa.

Lejos de sentir culpa, Pedro Alonso se dedicó a consumir alcohol y regresó iracundo a las pocas horas; destruyó a patadas los muebles y puertas de la casa y luego se marchó. Doña Bernilda recuerda como dato curioso que su hijo únicamente atacaba a sus hermanas pequeñas, ignorando a las demás, lo que demuestra que para la época sus orientaciones pedófilas ya estaban presentes en su personalidad.

Tres años más tarde, en 1969, Pedro Alonso fue capturado por hurto calificado y condenado a siete años de cárcel. Una ve

en prisión, se enfrentó a un ambiente sórdido e implacable. Fue atacado por los presos más violentos, humillado y tratado con desprecio, para ser violado por uno de los reos más peligrosos. Después del hecho, López planeó su venganza; durante días esperó el momento en que su agresor se encontrara desprotegido para atacarlo. El Monstruo aprovechó el primer descuido de su atacante y lo estranguló con frialdad, cobrando así su primera víctima. De esta forma, no solo se ganó otros dos años de prisión, sino el respeto de los demás prisioneros.

Después de casi una década el mundo había cambiado y López era un hombre maduro que había pasado casi la mitad de su vida en la cárcel. Corría el año de 1978, cuando un guardián entró en la celda del Monstruo, trayendo consigo una boleta judicial y le anunció que desde ese momento se encontraba en libertad. Fue en ese instante cuando se juró a sí mismo que no volvería a ser una víctima y se convirtió en un verdugo implacable. Recogió sus pertenencias y esperó a que se abriera el grueso portón de metal que lo separaba del mundo exterior. Se alejó, vagó por el sur de la ciudad y recorrió los barrios de las localidades de San Cristóbal y Usme. En medio de sus delirios, buscaba a su amiga de infancia; soñaba con encontrarla y asesinar al hombre que la robó y la alejó para siempre de su lado.

Atormentado por sus demonios, exploraba los extramuros bogotanos. Tan solo un par de días después, paseando por el sector del Salto del Tequendama se encontró con una niña de unos diez años; se le acercó, charló con ella un rato y luego, llevado por un deseo palpitante, la atacó con todas sus fuerzas. En medio de los puños y las patadas, la menor suplicaba que no le hiciera nada, pero al escuchar estas palabras, sus más oscuros deseos afloraron, su mente se incendió y atacó sin piedad. Le desgarró las ropas y la violó con brutalidad. La niña lloraba y

el Monstruo le rodeó el cuello con las manos hasta que la niña dejó de respirar. De esta manera, Pedro Alonso López cometió el primero de sus incontables asesinatos, y cruzó así la barrera de sus fantasías, embriagándose con el placer físico y emocional que le producía el asesinato. "Por primera vez mi cuerpo se llenó de felicidad", comentó al relatar lo que había sentido después de consumir su primer homicidio.

Tras experimentar estas intensas sensaciones, se convirtió en una bestia voraz que buscaba revivirlas a cada instante. Se transformó en un adicto a la muerte. Como un alcohólico que busca un trago, sentía una profunda ansiedad que solo desaparecía luego de violar y asesinar. Vivía períodos de tensión que se acumulaban y solo se liberaban después de ejecutar sus crímenes.

Sus compulsiones lo llevaron a transformarse en un ser trashumante. Se dedicó a viajar hacia el sur del país, dejando a su paso un rastro de muerte. Desde Bogotá llegó a El Espinal, luego se encaminó a Neiva y a pie o en camiones recorrió la ruta que atraviesa la cordillera Oriental y que lleva de La Plata a Popayán. Para sobrevivir pedía limosna, hurgaba entre la basura y vendía baratijas que compraba en cualquier cacharrería. En cada lugar asesinaba al menos una niña al mes. En su mayoría eran pequeñas de bajos recursos a quienes engañaba siguiendo el mismo *modus operandi*.

Su sevicia sobrepasó las fronteras. Tras recorrer el país durante dos años, su ruta lo llevó cada vez más lejos, hacia los confines de Colombia. Llegó a Ipiales y traspasó la frontera caminando sobre el puente de Rumichaca, evadiendo los controles migratorios. Ingresó a Tulcán y tomó dirección hacia Quito pasando por las poblaciones de San Antonio e Ibarra. En la capital ecuatoriana se dedicó a vender cuchillas de afeitar al tiempo que asesinaba sin piedad. Como estrategia para evitar se:

capturado, decidió pasar cortos lapsos en un mismo lugar, por lo que se desplazó hacia las provincias del sur, y se estableció en los pueblos que bordean la carretera Panamericana. Recorrió desde Santo Domingo de los Colorados hasta Huaquillas, traspasó las fronteras y llegó hasta Perú.

Su paso por ese país no fue fácil: en un principio trató de establecerse en la ciudad de Tumbes y sus inmediaciones, mas se dio cuenta de que se encontraba en medio de un desierto. Los campos no eran espacios verdes llenos de campesinos, sino largas extensiones de terreno desprovistas de habitantes. No era un buen escenario para caminar entre poblado y poblado, ya que había grandes distancias que separaban a cada asentamiento humano; además, las comunidades cuidaban con mayor atención a sus hijas, los familiares eran desconfiados y las autoridades peruanas eran recelosas con los forasteros. A las pocas semanas de su estancia en el país, un grupo de policías se le acercó y, al encontrarlo indocumentado, lo echó del país. Su expulsión no evitó que su estancia hubiera pasado indemne. De acuerdo con su confesión, habría dejado al menos una docena de niñas asesinadas en territorio peruano.

Regresó a Ecuador, desanduvo sus pasos y remontó la cordillera hasta llegar a la ciudad de Ambato, donde aumentó su sed por la sangre. Sus asesinatos se tornaron compulsivos y descontrolados, y cobró varias víctimas en una misma semana. La masiva desaparición de niñas creó una fuerte alarma en la población. El terror se regó por las calles hasta que su feroz maratón se detuvo al ser capturado por una docena de vendedoras del mercado central. Su historia estaba lejos de terminar porque fue puesto en libertad de forma absurda, pues sería liberado varias décadas después en la ciudad de Bogotá, luego de que se le declarara mentalmente sano.

El mal anda suelto. Detalles sobre la condena y libertad del Monstruo de los Andes

Tal vez lo más temible de la historia de Pedro Alonso López no son los detalles de su captura, sino que se encuentra libre. De manera sorprendente, ninguna cárcel pudo retenerlo, no tanto porque las rejas y las paredes de las prisiones fueran débiles como por los defectos de los sistemas judiciales de Colombia, Ecuador y Perú.

Luego de confesar y colaborar con las autoridades ecuatorianas entregando los cuerpos de sus víctimas, el criminal fue llamado a juicio. Ya enterado de que se enfrentaba a la cárcel, dejó de colaborar, se alejó de la prensa y cayó en un profundo silencio, luego de declararse inocente.

Pese a ello, las pruebas en su contra eran demoledoras y fue condenado a dieciséis años de cárcel. Se le trasladó al penal García Moreno de Quito, donde fue recluido en el pabellón B en compañía de otros 150 internos y mostró un excelente comportamiento. La mayoría de los asesinos seriales son reclusos ejemplares, no producen conflictos y se dedican a trabajar o a ayudar en diferentes labores de la cocina o de la biblioteca de las cárceles; además, tienden a convertirse en fanáticos religiosos. La razón de esta conducta está relacionada con el hecho de que sus objetos de deseo se encuentran fuera de su rango de acción. En cautiverio no existen los escenarios y condiciones para cometer sus asesinatos; no tienen acceso a posibles víctimas, ya que los otros reclusos no clasifican dentro del umbral de sus obsesiones. Como un fumador que se queda sin cigarrillos en una isla desierta, los asesinos en serie prisioneros están privados de sus objetivos.

Empero, estar alejado de sus objetos de deseo no garantiza un cambio en la estructura de su personalidad. No hay datos

fiables en la actualidad sobre la rehabilitación de estas personas, pues en la mayor parte del mundo son ejecutadas o condenadas a cadena perpetua ya que es casi seguro que reincidirán en sus crímenes si recuperan la libertad.

Durante su reclusión, el Monstruo de los Andes gastó la mayor parte de sus días dando vueltas al patio del penal, fumando bazuco y marihuana y dedicado a leer periódicos y revistas viejas. Lejos de tener una vida tranquila y ociosa, su existencia pendía de un hilo. Sobrevivió a casi una docena de atentados con armas blancas por parte de otros reclusos que veían en él al peor de los criminales. Como consecuencia, su cuerpo se llenó de cicatrices y sus guardianes lo protegían con más atención.

De vez en cuando recibía a periodistas de diferentes medios de comunicación a los que concedía entrevistas, dejándolos impresionados por su desparpajo y elocuencia, así como por su frialdad. Pasaba de relatar sus asesinatos a intentar convencer a la opinión pública de su inocencia aduciendo que el culpable de las muertes no era él sino Jorge Patiño, un personaje imaginario que creó para evadir sus responsabilidades, como se evidencia en una entrevista concedida en 1994 al diario *El Tiempo*: "Me dediqué al comercio y me encontré con una mala compañía. Recuerdo que se llamaba Jorge Patiño. Yo sí acepto que violaba, pero él era el que asesinaba. Me tenía amenazado de que si lo llegaba a delatar, él me mataba. Un día yo ya no aguanté más. Nos fuimos a tomar a un café de Durán (municipio ecuatoriano) y lo maté a cuchillo y como las autoridades ya investigaban los crímenes de las menores, yo colaboré con ellas y les ayudé a localizar los lugares donde sepultábamos nuestras víctimas". Mediante esta historia el asesino intentaba engañar a la sociedad, como lo hacía con sus víctimas, para librarse de la responsabilidad penal de sus acciones.

En medio del frío del penal García Moreno, los días y las noches fueron avanzando mientras su corta condena se cumplía y la década del ochenta llegaban a su fin. El almanaque avanzaba con premura y el peligroso asesino se acercaba a la libertad. Varios abogados intentaron interponer recursos para que se le condenase con mayor rigidez y centenares de padres de familia clamaban en las calles para que se le encerrara de por vida.

Pese a las protestas, en 1994 su pena finalizó. El hombre que aterrizó al mundo durante casi una década estaba a punto de regresar a su viejo oficio. No obstante, las autoridades judiciales intentaron retenerlo hasta el último momento: fuera de la prisión, una camioneta y un grupo de policías lo esperaban para arrestarlo porque un juez de Ibarra, una ciudad ubicada al norte de Quito, había dictado orden de captura por hallarse indocumentado.

Al dejar la prisión, el asesino posó acompañado de una sonrisa irónica frente a las cámaras de televisión, al tiempo que fue conducido de inmediato a la Intendencia de Policía de la provincia de Imbabura. Allí, los medios de comunicación fueron testigos de una diligencia inusual. Ante un centenar de *flash* y luces, López entró a la sala y saludó de mano a todos los presentes. Acto seguido, el juez le explicó que por ser extranjero no podía permanecer en territorio ecuatoriano y ordenó que se deportase a Colombia.

Al escuchar el veredicto, los agentes policiales sacaron al homicida del edificio gubernamental con celeridad y se abrieron paso entre los periodistas. Afuera, una muchedumbre esperaba con piedras y uno que otro cuchillo, gritándole amenazas y reclamando justicia.

Durante más de cinco horas una caravana policial trasladó al criminal hasta la frontera con Colombia. En el puesto fron-

terizo, los agentes del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) lo esperaban para reseñarlo y, a pesar de que las autoridades colombianas eran conscientes de la peligrosidad del sujeto, no pudieron capturarlo, puesto que no existía ninguna orden judicial en su contra. Por ello, no fue llevado a los calabozos y los detectives tuvieron que hacer una colecta para pagarle una habitación en un hotel de la ciudad de Pasto. Allí, López no hizo otra cosa que ver televisión, comer y dormir. Aunque los agentes vigilaban el edificio las veinticuatro horas del día y podía salir a la calle, no lo hizo por temor a que lo mataran.

Después de una semana llegó una orden de captura. Los juzgados de El Espinal lo requirieron como sospechoso de la muerte de más de una docena de niñas. Con premura, los detectives entraron en el hotel y le informaron que estaba arrestado. El asesino los saludó y sonrió mientras se peinaba.

A la mañana siguiente se encontraban a kilómetros de distancia, rumbo al departamento del Tolima. La caravana llegó hasta El Espinal con la esperanza de que alguna denuncia se hiciera efectiva y permitiera llevarlo a juicio. Cuando la camioneta ingresó en el parque de la población, le esperaban más de dos mil personas armadas con palos y piedras. Empujaron el vehículo y golpearon sus latas, que se doblaron por la fuerza del asalto. La situación se volvió incontrolable y los funcionarios emprendieron la huida hacia Bogotá.

Ya en la capital, intentaron practicarle un examen físico y mental, a lo que se negó repitiéndoles a los médicos "que lo dejaran libre". A los pocos días fue llevado de regreso a El Espinal, donde los ánimos se habían calmado y solo una denunciante acudió al juzgado. Se trataba de Alba Sánchez, quien afirmó que varios años atrás se encontraba en el interior de su vivienda cuando su hija Floralba jugaba en la calle. De un momento a

otro notó cómo se retiraba con un desconocido y, sin poner mayor atención, siguió con la limpieza de su hogar. A partir de ese día, la niña desapareció por varias semanas hasta que fue encontrada muerta en una zona rural. Años más tarde reconoció al sospechoso cuando lo vio en televisión. No tenía la menor duda: se trataba de Pedro Alonso López.

La Fiscalía utilizó el testimonio y los exámenes practicados al cuerpo para concluir que era otra de las innumerables víctimas del Monstruo de los Andes. La pequeña había sido violada y estrangulada de forma idéntica a las niñas ultimadas en Ecuador.

El juicio duró poco y Pedro Alonso López fue condenado por el homicidio. La defensa solicitó un peritaje psiquiátrico, por lo que se le realizaron varios exámenes médicos y se concluyó que se encontraba en un estado psicótico y que por lo tanto era inimputable. En la práctica, esto significa que el sujeto no es culpable de sus actos, pues no es consciente de la gravedad de sus acciones; por ello, debe ser tratado por médicos especializados y su condena debe ser terminada en el momento en que se dictamine que se encuentra sano. Sin embargo, este diagnóstico fue inexacto porque el asesino escondía los cadáveres de sus víctimas, lo que lleva a concluir que sabía que sus actos eran moralmente incorrectos. Además, utilizaba engaños y patrañas para someter a las menores, lo que demuestra predisposición, premeditación y planeación para cometer los homicidios, por lo tanto era consciente del mal que provocaba y de sus consecuencias. Por tales razones, no debió ser tratado como un enfermo mental, sino como una persona con rasgos de personalidad enfermizos que representa un peligro para la sociedad.

Luego de la condena, en el año de 1994, fue trasladado al Anexo Psiquiátrico de la Cárcel Modelo de Bogotá, donde dejaría de ser el centro de atención para convertirse en otro paciente

del penal. Se mostraba locuaz frente a los médicos, hacía ejercicios físicos de forma compulsiva, no necesitaba de medicaciones fuertes y se distraía leyendo o viendo televisión. Se peinaba con especial detalle y cuidaba de su apariencia personal. Con cierta rapidez, la prensa y el país se olvidaron de sus crímenes y de manera absurda fue liberado en 1998, por considerarse que se encontraba "curado". Como condición para salir de la cárcel, se le obligó a reportarse con frecuencia y seguir visitando al psiquiatra asignado. Empero, desapareció sin dejar rastro y no volvió a presentarse frente a las autoridades en ningún momento.

Enseguida, una ola de espanto recorrió Ecuador. Algunos cables noticiosos de agencias internacionales tan prestigiosas como AFP informaron al mundo del pánico colectivo que se extendía por todo el país. Reseñaban que el asesino había sido visto vagando por Tulcán e Ibarra. Incluso afirmaban que había sido capturado cuando deambulaba por las calles de Cuenca y que había escapado días después. Sin embargo, ninguna de estas informaciones ha podido ser verificada y hasta el momento se desconoce el paradero del asesino.

Lo que sí ha sido confirmado es su regreso a El Espinal. Una mañana, a comienzos del nuevo milenio, se presentó en la población vestido con una camisa clara y un pantalón oscuro. Buscó el hogar de su madre, Bernilda López, tocó la puerta y con un tono altanero le solicitó su herencia: "Vengo en vida por lo mío, porque no tengo un peso", le dijo. La anciana le entregó unos pocos billetes de baja denominación que guardaba en un cajón y una vieja cama que Pedro Alonso desarmó; amarró las tablas del catre, lo cargó alejándose con dificultad y desapareció para siempre entre el calor vaporoso de la tarde.

En la actualidad existen algunos rumores sobre el destino del Monstruo de los Andes. Algunas personas afirman haberlo visto en el departamento del Tolima, en los municipios de Léri-

da y Mariquita, otros dicen que vive en Bogotá en medio de la indigencia y otros más aseveran que fue asesinado por encargo de los familiares de sus víctimas.

Lo único cierto es que hasta el momento no existe ningún documento legal que pruebe su muerte y que su libertad es la consecuencia de la debilidad de los sistemas judiciales de los países andinos, territorios en donde acabó con la vida de al menos trescientas niñas inocentes que no tuvieron justicia.

Más que un problema moral, su libertad representa un peligro constante para la infancia en Colombia. Según la mayoría de los estudios, esta clase de criminales nunca dejan de matar y solo interrumpen sus ataques al ser capturados. Como el mismo Pedro Alonso López afirmó en una entrevista: "El momento de la muerte es apasionante y excitante. Algún día, cuando esté en libertad, sentiré ese momento de nuevo. Estaré encantado de volver a matar. Esa es mi misión".

DANIEL CAMARGO BARBOSA

El Sádico de El Charquito

Si alguna vez ha existido una mente criminal brillante detrás de los asesinos seriales es la de Daniel Camargo Barbosa, un homicida despiadado que, aunque comparte los principales rasgos de la mayoría de los criminales colombianos —pobreza e inestabilidad, capacidad de engañar y embaucar— tenía una característica especial. Poseía un coeficiente intelectual de 116, lo que lo clasifica como una persona con inteligencia superior. Hablaba con propiedad de obras de literatura y filosofía, comprendía inglés y portugués y ostentaba capacidades sorprendentes para entender el mundo y la naturaleza que le permitieron desafiar a las autoridades de Colombia, Ecuador y Brasil durante más de veinte años. Escapó de prisiones inexpugnables como la isla Gorgona y manipuló a jueces y policías. Sin embargo, Camargo está lejos de ser una mente maestra o un genio refinado, pues sus actos no son los de un superdotado, sino los de un ser vil e inhumano.

Sus asesinatos fueron brutales y llenos de maldad, por lo que se convirtió en uno de los peores criminales colombianos. Se estima que violó, torturó y asesinó a más de 157 mujeres en un período de veinte años. Su historia, lejos de ser enigmática, rivaliza con las más espeluznantes películas de horror. La me-

cánica de sus crímenes, su frialdad y capacidad de mentir son extremas, incluso si se le compara con los demás personajes que desfilan con infamia por este libro.

En las siguientes páginas exploraremos el misterio que se esconde tras la mezcla de inteligencia y maldad que hacen de este criminal un personaje excéntrico e implacable. Revisaremos su infancia y las características de sus asesinatos para hacer un mapa de su mente y sus impulsos, así como de las demás particularidades que hicieron que las acciones de este sujeto parecieran más las de un demonio que las de un ser humano.

Un sádico aterroriza Ecuador

Era el año de 1984 cuando Ecuador aparentaba olvidar el terror sembrado por Pedro Alonso López y la historia parecía repetirse: mujeres jóvenes y atractivas desaparecían en las principales ciudades del país a un ritmo aterrador. Día tras día las noticias sembraban el miedo entre los padres de familia con narraciones sobre aterradoras camionetas rojas conducidas en medio de la noche. Hombres encapuchados que capturaban jóvenes para venderlas a redes internacionales de prostitución, sectas satánicas que sacrificaban humanos en oscuros aquelarres y misas negras, traficantes de órganos y millonarios que poseían calabozos repletos de esclavas sexuales eran algunas de las fantasías que brotaban de la imaginación popular y trataban de dar explicación al enigma de las desapariciones.

Incluso circularon algunos testimonios de supuestas víctimas que decían haber sido atrapadas por hombres rubios de acento italiano y llevadas hasta un barco de bandera extranjera en altamar, donde las había sometido a crueles rutinas de prostitución. La noticia alarmó tanto a la población como al mism

Gobierno ecuatoriano, que ordenó a las fragatas de la marina de guerra buscar al barco fantasma a lo largo de la costa pacífica. Sin embargo, nunca se encontraron pruebas de algún navío cargado de mujeres ni pistas sobre camionetas amenazantes o encapuchados. Las autoridades se enfrentaban a una encrucijada. Sin pistas ni recursos era poco lo que podían hacer, mientras tanto aumentaba el descontento popular.

Desesperados, algunos padres de familia ofrecieron recompensas y recorrieron el país en búsqueda de sus seres queridos. La Defensa Civil de la provincia de Guayas emitió un comunicado en el que se explicaban las principales medidas de seguridad para evitar el peligro que acechaba a las muchachas, entre las que estaban no usar ropa apretada o provocadora, no hablar con extraños y no salir a la calle a altas horas de la noche.

A pesar de tales disposiciones, las mujeres seguían desapareciendo y los meses avanzaban sin ninguna esperanza. Empero, en 1985 dos nuevos acontecimientos brindaron algunos indicios a las autoridades, lo que permitiría, a la postre, la resolución del misterio.

En las cercanías a Guayaquil, entre terrenos ondulados y sinuosos, aparecieron cadáveres de mujeres, agrupados, desnudos y sin documentos. Estaban abandonados entre matorrales, en terrenos agrestes e inaccesibles. Aunque no pudieron ser identificados de inmediato, los investigadores estaban seguros de que los cuerpos tenían conexión con las desapariciones. Después de que los restos fueron examinados, los forenses determinaron que las muertes habían sido producidas por estrangulamiento y asfixia mecánica; no había evidencia del uso de armas, solo quedaban las marcas de los dedos y las manos del asesino, y todas las mujeres habían sido violados casi al mismo momento de la muerte.

De otro lado, algunas familias empezaron a recibir extraños mensajes, llamadas, cartas y paquetes. Una mañana, en medio del calor de la costa pacífica ecuatoriana, una carta fue entregada a la desesperada familia de una de las jóvenes desaparecidas. En ella, un grupo de secuestradores demandaba un millón de dólares (unos 3.000 dólares para la época) por la entrega de la muchacha. La familia, incrédula, entabló conversaciones con los supuestos secuestradores por medio de varias llamadas telefónicas a la casa de la infortunada víctima. Solicitaron pruebas de supervivencia y a los pocos días llegó por mensajería un paquete que contenía la ropa interior de la niña, tras lo cual la familia avisó a la policía, pero las llamadas y los mensajes cesaron de inmediato.

Estas dos situaciones —los cuerpos y las llamadas— producían un cambio en la investigación. Ya no se trataba de barcos fantasmas, sino de asesinatos y secuestros. La policía empezó a sospechar de la existencia de un asesino en serie y llamó a un psiquiatra Óscar Bonilla León, quien revisó la información con que contaban los organismos de seguridad y determinó que el asesino debía ser un hombre de edad madura y estatura media.

El doctor Bonilla concluyó que no debía tratarse de una banda, pues por las características que presentaban los cuerpos —violación y estrangulamiento— se trataba de crímenes sexuales. Y, según la Criminología, es poco probable que exista la asociación de varias personas para la violación y el asesinato serial. A diferencia de otras conductas delictivas como el robo o el narcotráfico, los delitos sexuales tienden a ser cometidos por un solo individuo.

La policía buscó la mayor cantidad de evidencia que permitiera la identificación del asesino. Para ello contaban con la experiencia ganada en el caso del Monstruo de los Andes, que en

ese preciso momento se encontraba en prisión. Se rastreó a las mujeres sobrevivientes de intentos de violación en zonas cercanas a las desapariciones en los últimos meses con el fin de establecer una descripción fiable y un retrato hablado del asesino.

Mas las desapariciones no se detenían. Las noticias se llenaban con nombres y fotografías alarmando a una ciudadanía que se sentía desprotegida y que desconfiaba de la efectividad de los organismos de seguridad. Casi semanalmente aparecían cuerpos con las mismas características: se encontraban agrupados y pertenecían a mujeres jóvenes y atractivas que habían sido violadas brutalmente.

Surgieron conatos de linchamiento y grupos de vengadores que buscaban hacer justicia con sus propias manos, además del autodenominado Ejército de Vengadores de Niños, que se adjudicó la muerte a balazos de un par de sospechosos. Ante la tribulación ciudadana, las autoridades recibieron la orden de acelerar las investigaciones y capturar al asesino lo más rápido posible.

No obstante, un hecho casi fortuito daría la pista para develar el misterio. Una llamada alertó al doctor Bonilla León. El coronel encargado de la persecución deseaba mostrarle algunas evidencias para su análisis. Una vez en las instalaciones de la policía, se le entregaron varios retratos hablados y descripciones de algunos sospechosos que habían capturado. El psiquiatra observó con cuidado cada fotografía y retrato hablado que se le presentaba y algunos detalles insignificantes llamaron poderosamente su atención: dentro de la carpeta de evidencias había unos papeles sueltos y arrugados que repasó con detenimiento, se fijó en uno que tenía varias filas ordenadas con nombres de mujer e iniciales en letras mayúsculas y luego en una tarjeta que tenía una caligrafía cuidadosa y elegante que decía "Iglesia Evangélica Pentecostal, Puente 5 de Junio, Parque Guayaquil".

La letra era idéntica en los dos trozos de papel y el psiquiatra no pudo evitar concluir que se encontraban frente a la letra del asesino. Enseguida llamó al policía que había introducido los papeles entre la evidencia, quien entró a la sala con nerviosismo. El coronel lo observaba con tranquilidad mientras el psiquiatra le solicitaba que relatará cómo había encontrado los papeles. La historia del policía llenó de ansiedad a los investigadores. Siendo las 6:30 de la tarde, justo cuando el calor del día empezaba a disiparse y una brisa refrescante aplacaba el bochorno, patrullaba en la ruta que une a Guayaquil con Daule, una población de aproximadamente 85.000 habitantes. Observó a un hombre solitario que cargaba un bolso negro bajo el brazo. Algo le atrajo, pues no era frecuente que una persona sola transitara por aquel paraje, así que decidió acercarse y abordarlo. Se dio cuenta de que se trataba de una persona mayor y le solicitó su cédula de identificación. Al revisar el documento, notó que la foto del sujeto era borrosa y que el nombre del sospechoso era Carlos Manuel Honorio Solís Bulgarín. Le preguntó por el contenido del maletín que cargaba, a lo que el desconocido respondió con tranquilidad: "Es la ropa de mi hija que estudia en Esmeraldas". El policía desconfiado revisó el bolso, en donde encontró unos jeans apretados, una blusa y varios anillos y pulseras, además de una cédula de identidad que correspondía a una mujer joven.

El hombre parecía una persona educada y colaboró en todo momento con el policía. Al no tener ningún arma o elemento sospechoso, el agente se ofreció a llevarlo en la moto hasta la ciudad. El sujeto aceptó gentilmente, no sin antes sacar algunos papeles que llevaba consigo y arrojarlos al piso. Varias horas después, mientras comía junto a su familia, el policía decidió leer el diario, cuya primera plana exhibía la fotografía de una de las desaparecidas. Un sudor frío recorrió su espalda: era la

misma chica que figuraba en la cédula de identidad que había observado en el interior del bolso de aquel viejo amable y cortés con quien se había tropezado en la mitad de la carretera.

A la mañana siguiente, luego de una noche de insomnio y nerviosismo, el policía tomó su motocicleta y buscó el lugar en donde había recogido al desconocido. Allí encontró los papeles que había arrojado; estaban húmedos y mecidos por el viento a la vera del camino, pero los archivó cuidadosamente y un par de días después los introdujo en la carpeta de evidencias.

Un silencio incómodo invadió el aire entre el calor y la monotonía del mediodía. “¡Lo teníamos!”, exclamó apesadumbrado el coronel. De inmediato se realizó un retrato hablado que se envió a todo el país, acompañado del nombre del presunto asesino: Carlos Manuel Honorio Solís Bulgarín. Comenzaba el año de 1986 y no había ningún oficial que no conociera las señas del sospechoso.

Días después, el 26 de febrero de ese año, dos policías patrullaban por la avenida Los Granados de la ciudad de Quito, cuando de repente algo causó su interés: un extraño de aproximadamente 55 años que caminaba lentamente y cojeaba; aunque reflejaba serenidad, la escena aparecía anormal, ya que se encontraba solo en medio de un sector poco concurrido y cargaba un maletín negro bajo el brazo. Además, era de condición atlética, descripción que concordaba con la del hombre más buscado del país. Se le acercaron y el sujeto les saludó con deferencia. Le solicitaron que les dejara ver el contenido de la maleta y su documento de identidad. Los policías no salían de su asombro cuando encontraron en el interior la ropa de una niña de aproximadamente 8 años de edad, la cual sería identificada después como perteneciente a su última víctima conocida, Elizabeth Telpes, una pequeña asesinada tan solo dos horas antes

del encuentro con los agentes del orden. Un corrientazo tensionó los músculos de los policías. Uno de ellos tomó la cédula que le entregó el sospechoso, en la que se podía leer claramente: Carlos Manuel Honorio Solís Bulgarín, natural de El Naranjal.

Con algo de temor, el otro agente tomó su arma y le informó al hombre que estaba arrestado. Con frialdad, el asesino obedeció y guardó silencio. Fue conducido a las instalaciones de la Policía nacional, en donde lo esperaban para interrogarlo. Una vez preso, se mantuvo silencioso, con su rostro inexpresivo y su mirada perdida en el infinito, como si su mente estuviera ocupada por una pared blanca e impoluta. El doctor Bonilla León fue el encargado de hacer la entrevista preliminar, en la cual el hombre afirmaba ser Carlos Solís Bulgarín, haber asesinado solo a una niña y ser parte de una banda de violadores compuesta por otros dos sujetos, Jaime Rodríguez y Jorge Chávez, con lo que intentaba desviar la investigación y evadir su responsabilidad.

A los pocos días fue trasladado a Guayaquil en medio de una caravana policial que descendía desde los Andes ecuatorianos hasta la costa. Durante el recorrido, el asesino pareció entrar en un estado de trance y meditación, con una tranquilidad inalterable. Sus gestos eran duros y ásperos; se trataba de un hombre de aproximadamente 1,65 metros de estatura y de piel clara, frente es recia, cabello corto y lleno de entradas, que contrastaba con la apariencia atlética de su cuerpo.

Ya en la ciudad costera, mantuvo la misma versión dada en su primer interrogatorio, mas los entrevistadores notaron algunos detalles en los relatos del detenido: su acento no era ecuatoriano, sino colombiano, y sus historias eran contradictorias a pesar de su esfuerzo por crear un hilo conductor. Se equivocaba con frecuencia y confundía sitios, fechas y nombres.

Por su parte, la inteligencia y el trabajo del doctor Bonilla rindieron frutos y condujeron al psicópata a enredarse en su propia telaraña. La cadena de mentiras terminó por reventarse y, en un esfuerzo por evadir la cárcel, decidió confesar luego de que se le explicó que las penas por homicidio no son acumulativas en la justicia ecuatoriana y que de todos modos se le condenaría a un máximo de dieciséis años de prisión.

Se sentó frente al psiquiatra. Su rostro no tenía la apariencia de un hombre derrotado, sino la de uno acongojado. Intentó manipular a su entrevistador y le dijo que iba a relatar "la verdad verdadera", porque no quería volver a la cárcel, ya que era consciente de que necesitaba ayuda y no castigo. "Doctor, solo quiero saber si usted estaría dispuesto a colaborar conmigo en el sentido de darme la mano, de ayudarme a regresar a la normalidad, para volver a ser un hombre útil", afirmaba con pesadumbre sin perder de vista al doctor.

Este comportamiento es frecuente en los asesinos seriales al ser capturados. Tratan de conseguir la expiación de sus culpas, presentándose ante un profesional de la salud como un paciente que sufre y debe ser curado y no como un criminal desalmado. Intentan aprovecharse de los buenos sentimientos de los demás para conseguir sus objetivos; por ello, sus palabras no son sinceras, sino que forman parte de una treta elaborada para evadir las consecuencias de sus horrorosos actos.

Al identificar la situación, el psiquiatra decidió seguirle la corriente, ante lo cual el rostro maduro y delgado del hombre se relajó mientras afirmaba: "Usted tiene razón, yo no soy ecuatoriano; soy colombiano y mi nombre no es Carlos Solís Bulgarrín. Mi verdadero nombre es Daniel Camargo Barbosa".

¿Cómo este hombre mayor llegó a convertirse en un asesino despiadado y embaucador? ¿Cómo transcurrieron su infancia

y su juventud? ¿Qué acontecimientos moldearon su personalidad? Para responder estas enigmáticas preguntas utilizaremos las investigaciones del doctor Óscar Bonilla León, los archivos de prensa y los documentos judiciales que existen alrededor del caso para llegar al origen del Sádico de El Charquito.

La infancia del Sádico

Como hemos visto en este libro, los primeros años de vida de los asesinos en serie colombianos tienen mucho en común: están marcados por el maltrato y el abandono. Su niñez se encuentra inmersa en un ambiente propicio para el desarrollo de conductas violentas. La infancia del Sádico de El Charquito no está lejos de estas condiciones. Daniel Camargo Barbosa nació en Anolaima, departamento de Cundinamarca, el 22 de enero de 1930. Hijo de Daniel Camargo Briceño y Teresa Barbosa, creció en medio de la tranquilidad y sencillez del campo, en tiempos en que el país vivía un período de desarrollo económico sostenido debido a la caída de la hegemonía conservadora y el ascenso de Enrique Olaya-Herrera al poder. En todo el territorio nacional se respiraban aires progresistas y se vivía en medio de una paz relativa.

Camargo vivió sus primeros años en la apacible y cálida población. No obstante, la vida al interior de su hogar distaba de ser perfecta. Cuando contaba con solo dos años su madre enfermó y murió; así, quedó huérfano junto con su media hermana Cecilia. Su padre, que no estaba dispuesto a quedarse viudo por mucho tiempo, se casó a los pocos meses con una adolescente llamada Dioselina Fernández y creó un nuevo hogar.

Las relaciones entre el pequeño Daniel y su familia fueron siempre distantes. Su padre era un hombre apartado, recio e inmerso en sus negocios la mayor parte del tiempo, por lo que

su comunicación con él era prácticamente nula. Esto creó en el niño profundos sentimientos de hostilidad hacia su progenitor, como advirtió el asesino en medio de los interrogatorios: "Mi padre era una de esas personas con las que no se puede tener amistad, porque si se le comentaba alguna cosa, adoptaba una postura como: ¡Con usted no se puede contar! ¡Usted, mijito, está perdido!, lo cual me impedía llegar a él o hacerle algún tipo de confidencia". Estos desprecios golpearon la autoestima del pequeño, erosionaron su confianza y predispusieron el desarrollo de conductas psicopáticas. El niño se convirtió en un mentiroso compulsivo y embaucador y aprendió a manipular a los demás como mecanismo de defensa.

Por otra parte, su madrastra aparecía en sus recuerdos como una imagen fuerte y maltratante, que prefería a su media hermana y lastimaba al niño física y psicológicamente: "Mi madrastra me golpeaba con un rejo de esos de ganado, me quitaba los pantalones, me metía la cabeza en medio de las piernas y me castigaba las nalgas", mencionó acongojado en medio de un interrogatorio.

De esta manera, en la mente de Camargo se creó un fuerte odio y rencor hacia las mujeres tras vincular con el rechazo sus relaciones con el género femenino. Esta característica de su personalidad fue en parte influida por el trato con su media hermana, el cual, lejos de ser un lazo afectuoso, aparece en su memoria como un doloroso recuerdo. "Mi madrastra y mi media hermana siempre estaban en mi contra, es decir, eran aliadas: ellas se entendían divinamente, pero a mí me rechazaban todo el tiempo", situación que aumentó sus sentimientos de aversión hacia el género opuesto, que se manifestaban en su conducta violenta en los juegos y en la provocación de graves disputas con sus compañeros de colegio.

La respuesta de su madrastra frente a tal comportamiento no solo fue inadecuada, sino que le produjo un daño aún más profundo: "Para castigarme, me quitaba los pantalones y me ponía unas enaguas de mujer; yo me escondía en una pieza, pero ella, no contenta, llevaba a mis compañeros del colegio hasta donde me escondía y les decía 'miren'. Me ponía de esta manera en una situación muy dolorosa". Así, sus sentimientos negativos se profundizaron, pues además de ser maltratado por las mujeres de la casa, se le humillaba vistiéndolo con prendas femeninas.

Los años pasaron y el niño díscolo fue convirtiéndose en un muchacho problemático. Su padre había formado una pequeña fortuna en el comercio y, al ver la cantidad de conflictos que tenía en el interior de su hogar, decidió enviar al joven Daniel a Bogotá para que estudiara el bachillerato en un internado.

Pero a pesar de que fue matriculado en uno de los mejores colegios de la época, los resultados no fueron los esperados y su paso por el centro educativo, en lugar de enseñarle disciplina y mejorar su conducta, le generó más problemas y conflictos. Camargo llegó a la capital de la República a inicios de la década del cuarenta. La ciudad era profundamente diferente a la villa de Anolaima donde se había criado, empezando por su clima frío y húmedo y por el carácter desconfiado de los hombres y las mujeres que habitaban la urbe, que contrastaba con la sencillez de la gente de la pequeña población de la que provenía.

Ingresó al Colegio Salesiano San Juan Bosco; allí se interesó por la lectura y se destacó en las clases de latín así como en los ejercicios de gimnasia americana. No obstante, al poco tiempo se enfrentó con algunas circunstancias que marcarían su existencia. El colegio era masculino y estaba dirigido exclusivamente por sacerdotes. Dentro de este ambiente, fue testigo de los abusos sexuales de algunos curas, lo que provocó en su interior

un fuerte rechazo a la institución y a la autoridad: "Una noche, un compañero y yo observamos al hermano consejero con otro de nuestros amigos sobre las piernas besándolo con pasión", recordó con rabia en medio de uno de los interrogatorios. Debido a esta situación huyó y le solicitó a su padre que lo cambiara de centro educativo, sin darle más detalles de lo sucedido.

En consecuencia, volvió a estudiar en 1943, cuando ingresó a segundo año de bachillerato en el prestigioso Colegio Salesiano León XIII, ubicado en el centro de la ciudad. Aunque seguía interesado en la lectura, los idiomas y el deporte, su actitud ya no era la misma. Le costaba obedecer la férrea disciplina de los religiosos, razón por la cual se alejó de las aulas, se concentró en los talleres de oficios y dedicó gran parte de su tiempo a aprender el arte de la encuadernación. Pese a su gusto por los trabajos manuales, no aguantó más y dejó de asistir a clases. Guardaba un profundo resentimiento contra los sacerdotes, debido a la contradicción entre la doctrina que se le intentaba imponer y los abusos sexuales que había observado.

Mas esta repulsión por el clero no surgió solamente a partir de sus experiencias escolares. Su propia media hermana había tenido un hijo con el párroco de Anolaima, lo que le causó un profundo sinsabor y aumentó su odio y su resentimiento: "Mi hermana Cecilia fue embarazada por el párroco del pueblo; ese cura incluso me ayudó en un juicio que tuve, pagándome un abogado", rememoró el asesino en su celda al preguntársele acerca de su familia.

Lejos de la academia y a la edad de 16 años, se dedicó a buscar trabajo entre las principales importadoras de electrodomésticos y se enganchó como vendedor puerta a puerta de marcas como General Electric, Olympic y Blot Man. Allí se dio cuenta de que era posible acceder a desconocidos entablando diálogos

cortesés y respetuosos. Aprendió a manipular los sentimientos y las expectativas de los demás para lograr sus propósitos y, como todo buen vendedor, adquirió la capacidad de persuadir y exagerar los beneficios de sus productos.

En medio de sus extensas jornadas de trabajo en las calles, conoció a Alcira Castillo, una bella joven con quien entabló una relación sentimental. Pasaron unas pocas semanas y el atlético vendedor le propuso que vivieran juntos; la chica aceptó y la pareja se unió en el año de 1957. A partir de ese momento, Camargo se dedicó a mantener con esfuerzo su humilde hogar, pero sus ingresos no eran suficientes y, en busca de mayores entradas, recurrió al crimen sin ningún reparo. En 1958, planeó y ejecutó el asalto a una modistería de propiedad de un conocido que le había enseñado el oficio de sastre. No obstante, debido a su inexperiencia, el crimen no resultó perfecto y fue capturado pocas horas después del robo. Por ser un delito menor, se le ubicó entre los presos menos peligrosos y escapó: "En el momento que ingresé a la cárcel estaban los empleados saliendo; aproveché un descuido y tomé una carpeta que estaba abandonada sobre un escritorio, me la puse bajo el brazo, di la vuelta y salí con el grupo de funcionarios a la calle". De este modo, se convirtió en prófugo, volvió a su casa ubicada en el barrio Eduardo Santos en el sur de Bogotá y empezó a buscar trabajo nuevamente.

En 1962 un acontecimiento devastador condujo al joven vendedor más cerca del odio y de la violencia. Una mañana cualquiera salió de su hogar sin saber las desdichas que le aguardaban, tomó el maletín en que amontonaba los catálogos de venta y se preparó para otra extensa jornada en las calles de la ciudad. Le esperaban agotadores recorridos de puerta en puerta entre barrios residenciales, con las fotografías de sus productos—licuadoras, batidoras y aspiradoras— y con la oferta de créditos personalizados para las amas de casa. Empero, al poco tiempo

de salir de su residencia se desató un torrencial aguacero que le impidió proseguir. Estaba empapado y decidió regresar a su casa, donde fue testigo del engaño de su esposa: "La vi a través de la ventana, en mi lecho, haciendo el amor con otro hombre. Entonces tuve malas intenciones, pero no sucedió nada; tuve el deseo de hacerle un daño, de vengarme, destruirla". Con todo y su dolor, el joven traicionado contuvo su rabia y esperó a que el desconocido se marchara para entrar en la vivienda y llevarse sus cosas sin decir ni una sola palabra.

Camargo cargaba consigo su propio infierno. Con el corazón destrozado, volvió a relacionarse con su padre y se estableció en una casa de su propiedad; continuó con su oficio de vendedor y en 1963 conoció a otra mujer con quien creó una asociación siniestra.

La chica trabajaba en la Droguería Granada en el centro de la ciudad. Era atractiva y un año más joven que él. Su personalidad, sumisa y permisiva, posibilitó que Camargo asumiera el rol dominante de la relación y la sometiera poco a poco a sus caprichos. Cuando intentó tener contacto sexual con ella, se dio cuenta de que no era virgen, lo que le molestó profundamente. Sus sentimientos de odio entraron conflicto; sus apetitos sexuales y sus ideales de pureza chocaron con la realidad.

A partir de ese momento utilizó su capacidad de mentir, su inteligencia y las técnicas de persuasión y manipulación que había aprendido en su oficio de vendedor para perpetrar los más horrendos crímenes. Así inició una terrible cadena de violaciones y robos que más adelante se transformarían en asesinatos.

El despertar del Sádico

Era el año de 1963 y Daniel Camargo Barbosa consiguió a su pareja perfecta: él era dominante y manipulador; ella, sumisa

y complaciente. Poco a poco erosionó con maltratos la débil voluntad de la mujer para convertirla en su esclava. La hacía sentirse culpable por no ser virgen, la humillaba y la despreciaba hasta transformarla lentamente en una herramienta para cumplir sus horrendas fantasías.

Motivado por un razonamiento retorcido, convenció a la chica de que debía recompensar la "ofensa" trayéndole niñas vírgenes para que pudiera violarlas. La mujer cedió y se inició una impresionante cadena de violaciones que aterrorizó a la sociedad capitalina.

En primer término, la muchacha entregó sus dos hermanas menores al vendedor. Las drogó con un potente sedante que robaba de la farmacia en donde trabajaba y que les proporcionó durante la comida, para lo que aprovechó la ausencia de sus padres. Una vez inconscientes, se las facilitó a Camargo con el fin de que las ultrajara durante horas en su propia casa. A pesar del crimen, el apetito del sádico aumentó y le dijo que si le traía más vírgenes, podría casarse con ella; de lo contrario, la abandonaría.

Se inició una rutina que con el tiempo adquirió una dinámica frenética. La mujer, apodada por la prensa como la Dama de Azul, utilizaba un vestido similar al de las empleadas de los almacenes de cadena para engañar a sus víctimas. Buscaba niñas entre 10 y 14 años en los principales supermercados de la ciudad y trataba de que cumplieran con el perfil exigido por Camargo: inocentes y bellas.

La mecánica era siempre la misma. Una vez localizada la niña, él la espera a la salida y la interceptaba hablándole severa y groseramente. Decía que la habían descubierto, que era una ladrona y que debían hablar con la supervisora del almacén. Las chicas, confundidas, negaban haber cometido algún hurto, pero de inmediato la mujer entraba en escena y les decía que les iba

a ayudar, que no se preocuparan y que la acompañaran a la casa de la administradora, quien seguramente las perdonaría antes de llamar a la policía.

A medio camino las llevaba a cualquier cafetería y les hablaba de cuántos años pasarían en la cárcel y de que su mamá y su familia se iban a enterar. Cuando estaban a punto de llorar, les pedía que se tranquilizaran y les proporcionaba una pastilla de seconal sódico. La macabra pareja las conducía dopadas y somnolientas frente a los ojos de cientos de transeúntes en cualquier medio de transporte público para llevarlas hasta su casa. En la calle simulaban ser una familia. Ya en la residencia, la mujer les daba una dosis aún más fuerte de sedantes, las desvestía y las preparaba para que Camargo Barbosa las violara toda la noche. A la mañana siguiente las despertaba y, en una muestra de cinismo, las acompañaba hasta la puerta su casa.

Durante casi un año la pareja cometió más de diez crímenes, todos con la misma mecánica, como confirma el relato de una de las sobrevivientes llamada Mónica, quien contaba con tan solo 12 años de edad: "Yo le pedí a mi hermana que me diera plata para comprar un lápiz. Ella me dio un peso y fui al almacén TÍA ubicado en el centro de Bogotá como a las 6 de la tarde. Lo compré, me quedé mirando unos juguetes y salí hacia mi casa. Pero en la puerta se me acercó un hombre que me dijo: 'Niña, tenemos que hablar porque se robó una cartera'. Caminamos una cuadra y una señora bien vestida me condujo hasta una cafetería, donde me dio una pastilla para que se me quitaran los nervios. Después no recuerdo nada hasta estar frente a mi casa. Después me di cuenta de que había sido violada". La forma en que la pareja cometía cada violación era idéntica, lo que, a la postre, los llevaría a la cárcel. En pocos meses, las fuerzas de seguridad descubrieron su rutina y les tendieron una trampa.

Era el año de 1964 y Daniel Camargo Barbosa se encontraba en un reconocido almacén del centro de Bogotá. Sus ojos no reposaban sobre las mercancías que se exhibían, pues en realidad buscaba una nueva víctima. Su cómplice estaba cerca y simulaba no conocerlo. Lo que la pareja desconocía era que un detective del DAS encubierto estaba en el mismo lugar. Al detectar a Camargo, el agente se le acercó y le solicitó identificarse. El violador se asustó, a sabiendas de que su situación judicial era complicada debido a su fuga de la cárcel años atrás. No lo pensó dos veces y huyó del lugar. El agente lo persiguió y le ordenó inútilmente que se detuviera, mas, ante la negativa y la rapidez del sospechoso, desenfundó su arma, le apuntó e hizo dos disparos, uno de los cuales impactó en su pierna y le provocó una caída inmediata. De esta manera, el hombre fue capturado y acusado de violación.

La noticia se regó por la prensa y las emisoras no paraban de anunciar la captura del terrible violador. La Dama de Azul entró en pánico, se entregó enseguida a las autoridades e informó los detalles de sus crímenes tras acusar a Camargo. Estas denuncias servirían como evidencia para condenarlo a seis años de prisión.

El Sádico fue llevado a la Cárcel Modelo de Bogotá, donde pasó cinco años preso, ya que su condena se redujo por trabajo y buen comportamiento. Leía obsesivamente y devoró casi todos los libros de la biblioteca del penal, al mismo tiempo que terminó un curso de inglés por correspondencia. Se mostraba asocial y distante frente al resto de los reclusos.

Aunque parezca extraño y retorcido, su caso no es el único. La asociación entre parejas para agredir o matar a otros ya se ha registrado en la historia. Las características de la unión entre Camargo y la Dama de Azul son muy similares a las del famoso caso de Paul Bernardo y Karla Homolka, cuyos nombres sal-

taron a la fama en 1995 cuando se descubrió la doble vida que llevaba la joven y bella pareja, apodada Kent y Barbie por sus amigos y familiares. Nadie sospechaba que Karla —una joven que trabajaba en una veterinaria— y Paul —un reputado contador y financista— ocultaban una serie de secuestros, violaciones, torturas y asesinatos detrás de una aparente vida llena de éxito y actividad social.

De manera similar al caso de Camargo, Bernardo le dijo a Homolka que se sentía frustrado porque ella no era virgen. Enseguida le solicitó como contraprestación que le permitiera violar a su hermana menor, Tammy, de 15 años. Durante una cena familiar, en 1990, esperaron a que sus padres se durmieran y entre los dos drogaron a Tammy. Paul la violó mientras lo grababan en video. Luego del hecho, la menor murió a causa de la intoxicación causada por los sedantes, pero pese a su horrible crimen, no fueron capturados, ya que la policía tomó la muerte como una sobredosis accidental, aunque Tammy no tenía antecedentes de uso de drogas.

Un año más tarde se casaron, se drogaron, violaron y descuartizaron a una joven de 14 años “como un regalo de bodas”. Repitieron el proceso en 1992 con una joven de 15 años a la que violaron y maltrataron durante trece días antes de asesinarla.

En tanto estuvieron casados, asesinaron a cuatro mujeres, hasta que un día, luego de una de las habituales golpizas a las que Paul sometía a Karla, la mujer herida y lastimada decidió decir la verdad y denunció a su esposo ante las autoridades.

La pareja fue capturada en 1993. Paul Bernardo fue condenado a cadena perpetua y Karla Homolka obtuvo una controvertida sentencia de doce años en prisión a cambio de entregar los detalles de sus crímenes. Homolka cumplió su condena y se encuentra libre.

Las similitudes entre estos dos casos no son fortuitas. Existen ciertas características que hacen que algunas personas sean fácilmente manipuladas por otros, al extremo de crear una diabólica asociación en donde la moral no existe y unos se convierten en herramientas de los deseos de otros. Tanto Paul Bernardo como Daniel Camargo comparten una personalidad manipuladora y dominante; ambos maltratan, humillan y someten a sus parejas, a quienes convierten en esclavas de sus pasiones.

Luego de salir de prisión, Camargo decidió que no volvería a estar encerrado. No obstante, lo que sucedió durante sus primeros años de libertad ha quedado en el misterio. Fue precisamente en 1969 cuando empezaron a aparecer cadáveres de mujeres en las inmediaciones del Salto del Tequendama, en cercanías a la estación de generación de energía de El Charquito. La prensa bautizó de inmediato al responsable como el Sádico de El Charquito, un personaje sin rostro que aterrorizó a los bogotanos y que produjo docenas de historias excéntricas entre la población, relatos que buscaban entre las tinieblas del enigma la verdadera identidad del asesino.

Se aseguraba, por ejemplo, que un apuesto militar casado conducía a las bellas jóvenes que conquistaba hasta el Salto de Tequendama, donde las asesinaba para ocultar sus infidelidades. También se tejieron historias sobrenaturales que aseguraban que el culpable era una especie de vampiro criollo que salía en las noches en búsqueda de sangre. Hoy sabemos que las víctimas no fueron asesinadas por ningún espíritu o extraterrestre, sino que fueron llevadas allí mediante engaños para ser asesinadas por Daniel Camargo Barbosa.

Las evidencias que apuntaban hacia su responsabilidad eran contundentes: los cuerpos de las víctimas del Sádico eran jóvenes del mismo rango de edad que las de Camargo —entre 13 y

22 años—, habían muerto estranguladas, sus cadáveres se encontraban agrupados y semienterrados y habían sido brutalmente violadas. Además, existían pocas marcas de forcejeo o golpes, lo que permitió concluir que habían llegado hasta el lugar de su asesinato por voluntad propia y quizá mediante engaños.

Pese a las evidencias, en toda entrevista y declaración que concedió Camargo negó ser el mítico asesino. Esta negación tiene una lógica, si tenemos en cuenta que su personalidad resalta por su mitomanía y su capacidad de manipulación y porque, de haber reconocido ser el Sádico, sus crímenes le acarrearían una segunda condena y otros años privado de la libertad.

Con todo y los esfuerzos de la policía y el DAS, el asesino de El Charquito nunca fue capturado y los cadáveres dejaron de aparecer de un momento a otro. Al parecer, los apetitos del brutal homicida se habían saciado. No obstante, Camargo no había frenado sus criminales acciones, sino que se había marchado con sus siniestras obsesiones hacia otras tierras.

La forma en que partió del país no es clara, pero hacia 1972 fue deportado de Brasil. Había llegado hasta allí luego de transitar los territorios más inexpugnables de la geografía nacional y de recorrer miles de kilómetros por ríos y selvas inhóspitas. Pretendía huir de las autoridades que habían creado un equipo especial de investigación y búsqueda para resolver los crímenes de El Charquito.

Tal sería el temor de volver a prisión, que en medio del frenesí de su escape se alejó de la capital de la República y se adentró en territorio brasileño. Una vez allí, siguió avanzando por el río Amazonas hasta llegar a la ciudad de Manaus, donde aprendió a hablar y leer portugués; para sobrevivir, se dedicó a negociar baratijas con los conocimientos adquiridos en su antiguo oficio de vendedor y se adaptó rápidamente a la cultura

local. De allí viajó hasta Río de Janeiro y São Paulo, donde se radicó.

No obstante, su estancia en el país de la samba no duró mucho y, aunque no sabemos si cometió más asesinatos, podemos deducirlo de su diario personal, pues en él comparó a las mujeres colombianas con las brasileñas y afirmó que las segundas eran más confiadas y dóciles. Esto indica, entre líneas, que Camargo asesinó y violó por lo menos a una mujer durante su permanencia en territorio brasileño.

Además, su captura y deportación a Colombia sucedió en condiciones confusas y sospechosas, ya que fue denunciado por estafa por un ciudadano brasileiro llamado José Ferreira, crimen del que existe poca información, pues los documentos judiciales no dan mayor explicación sobre el caso, ni detallan las condiciones de sus crímenes en el país carioca.

Al regresar a su tierra natal decidió dirigirse a la costa caribe y establecerse en Barranquilla en busca de nuevos territorios para desatar su orgía sangrienta. Durante los primeros días tuvo que dormir en la calle, pero al poco tiempo compró algunos protectores para pantalla de televisor en una distribuidora de electrodomésticos. Cargaba consigo una maleta negra y recorría las calles de La Arenosa con el novedoso producto.

Con el tiempo alcanzó cierta comodidad; sin embargo, en su interior bullían pulsiones y deseos que lo llevarían a violar y matar de nuevo. Tales impulsos acabarían con la vida de al menos una docena de mujeres y lo conducirían de regreso a la cárcel.

En este momento el homicida se volvió rutinario: definió una misma mecánica criminal marcada primero por el engaño a sus víctimas para llevarlas a un sitio apartado, luego por la violación y finalmente por el asesinato, como es visible en el relato de uno de sus crímenes de Barranquilla, extraído de su diario:

“Cualquier día pasaba por frente de un colegio, como a eso de las cuatro y media de la tarde, hora en que los alumnos se dirigían a sus hogares, pudiendo observar que una chica de aproximadamente trece años se rezagaba del grupo, dirigiéndome a ella, de forma improvisada, le dije: la directora del colegio te envía esta antepantalla para que la lleves a la residencia de tu profesora, mientras que al mismo tiempo ponía esta en su mano viéndose obligada a recibirla. No conozco dónde queda su residencia, replicó. Contesté que yo la guiaría, pidiéndole me permitiera ayudarle a cargar sus útiles escolares, lo cual aceptó con agrado. Caminamos hasta el final de una avenida desde donde se podía apreciar el comienzo de un lugar enmontado. Si atravesamos ese bosque pequeño podemos llegar más rápido, le dije. Cuando ya habíamos penetrado por lo menos doscientos metros en el bosque, tomándola por el brazo le dije: no intentes correr o gritar porque estoy armado y te puedo herir o matar. Te he traído no para entregar la antepantalla sino porque me gustas y deseo que hagamos el amor. Si te dejas acostar y quitar el calzón pronto te llevaré a la casa de inmediato, de lo contrario pasaremos la noche en este lugar. Se podía apreciar que estaba muy asustada y con voz temblorosa dijo: sí, pero no me vaya a herir o matar. Luego que estuvo acostada la cubrí de besos y caricias y quitándole el calzón la poseí con todo cuidado, cuando hube terminado descendí acostándome a su lado. Ella quiso hablar pero le impuse silencio porque tuve miedo de ser escuchados por alguien. Repentinamente me invadió un terror que de ninguna manera podía controlar. Vinieron a mi mente los seis años de reclusión, la monotonía propia de las cárceles, la horrible sensación que se ha perdido la libertad; recordé que mi fotografía estaba en el álbum dedicado a los violadores, que se buscaban siendo que nada ha-

bía cometido. No, de ninguna manera, no podía permitir que esta chica me identificara, no podía dejar evidencia, tenía que suprimirla. Nuevos besos, más caricias y otra posesión, a continuación constante presión sobre su tráquea hasta que dejó de respirar. Miré su rostro, sus ojos estaban fijos, estaba inerte, ¿qué había hecho? ¡Debía escapar rápidamente! Me subí el pantalón y hui del lugar”.

Aunque nunca sabremos la cifra exacta, es muy probable que Camargo haya asesinado al menos a diecisiete mujeres en la capital del Atlántico, donde fue capturado en 1974 cuando intentaba enterrar a una de sus inocentes víctimas. Un policía que patrullaba por una carretera alejada a la ciudad observó a un hombre delgado que metódicamente arrojaba tierra en un lote baldío. El agente, extrañado por la conducta del desconocido, descendió de la motocicleta y se acercó al sospechoso para observar horrorizado que intentaba sepultar el cuerpo de una niña. De inmediato atrapó al Sádico, legalizó la captura y lo encerró en el calabozo de la estación de policía.

Días después, las autoridades allanaron la habitación que ocupaba en el Hotel Napolitano en el centro de la ciudad, en donde encontraron joyas femeninas, algunas revistas, 900 dólares, su diario personal y una colección de dieciséis mechones de cabello de mujer.

Camargo fue juzgado y sentenciado a treinta años de prisión por el asesinato de Liliana Jaramillo Lopera y, en primera instancia, fue llevado a la cárcel de Bucaramanga. Allí, los investigadores lograron conectar al Sádico con once muertes en Barranquilla y con los homicidios de El Charquito, lo que sumaba al menos una treintena más de muertes.

Las autoridades se dieron cuenta de la peligrosidad del preso y decidieron enviarlo a la prisión más infranqueable del país:

la isla Gorgona. Empero, ni los aguerridos guardianes, ni las anchas paredes, ni las corrientes marinas o los tiburones pudieron detenerlo. De manera asombrosa, Camargo sería uno de los pocos hombres que lograron fugarse con éxito de la inquebrantable cárcel.

Un escape imposible: la fuga de la isla Gorgona

Durante veinticinco años, la isla Gorgona fue la prisión de mayor seguridad en Colombia, ubicada frente a las costas del océano Pacífico, rodeada por fuertes corrientes marinas y abismos abisales plagados de tiburones. La penitenciaría representaba el sitio más temido por delincuentes de todas las calañas. Entre sus rejas no solo se encontraban los peores criminales, sino los más recios y estrictos guardianes. A pesar de algunos intentos de fuga, la isla fue considerada una fortaleza inexpugnable, porque la mayoría de ellos terminó en recaptura o en el fondo del mar; de manera sorprendente, el único condenado que escapó con vida en toda la historia del penal fue Daniel Camargo Barbosa.

Corría la década del setenta y el Sádico que asustaba a las jóvenes en Bogotá y Barranquilla estaba finalmente alejado de la sociedad, trasladado desde Bucaramanga en avión y en barco hasta Gorgona. Allí se mantuvo como un hombre seco y sereno, esquivó la compañía humana y rechazó cualquier amistad con los demás reclusos; no obstante, en poco tiempo obtuvo el reconocimiento de sus carceleros.

En sus primeros años tuvo una conducta ejemplar. Ayudaba a conseguir leña para la cocina, colaboraba cargando las maletas de los turistas que viajaban a la isla para apreciar las ballenas jorobadas y se dedicaba a leer de forma compulsiva. En pocos meses acabó con los títulos disponibles en la biblioteca y

con cualquier manuscrito o documento que llegó a sus manos. Aprovechó sus conocimientos literarios para escapar de los trabajos más rudos y convertirse en el mecanógrafo de la penitenciaría; redactaba cartas y esquelas dirigidas a los familiares de trabajadores y condenados, lo que le dio un lugar prominente entre la población carcelaria.

Pese a la aparente calma, en la mente del Sádico se tejían distintos planes de fuga. Camargo no soportaba estar privado de la libertad, pues no solo estaba confinado en una pequeña isla, sino que estaba alejado de cumplir sus deseos y compulsiones más profundas: la violación y el asesinato de mujeres jóvenes.

En un principio se dedicó a estudiar la naturaleza que lo rodeaba y a contemplar el océano y sus corrientes. Se dio cuenta de que fluctuaban, cambiaban día a día y aumentaban o mermban su fuerza. Observó el firmamento y calculó los vientos, las estaciones de lluvia y la distancia que había hasta la costa.

Con el pasar de los años aprovechó su fama de hombre tranquilo y apartado para ganarse la confianza de sus guardianes; consiguió un hacha y derribó un árbol de balso, al que moldeó día a día con paciencia para convertirlo en un bote rudimentario. Cada vez que podía se acercaba al madero con sigilo y trabajaba durante algunos minutos sin hacer ruido ni ser descubierto. Varios meses después, unos guardianes que realizaban un control de rutina encontraron la arcaica embarcación y la llevaron al patio central de la prisión.

Allí, el director se quejó de la actitud de algunos reclusos que intentaban escapar y les recordó que estaban rodeados por cientos de tiburones hambrientos y fuertes corrientes que los alejarían de la costa y los llevarían a una espantosa muerte en altamar. Ordenó que llevaran la canoa al centro del patio y que se destruyera por la mano de los propios presos. Camargo se

ofreció con entusiasmo para acabar con su propia creación y así ahuyentó cualquier sospecha sobre él.

Luego del fracaso de su primer plan de fuga, el Sádico se ocupó en recrear su mente aprendiendo a pintar y a dibujar. Aprovechó que uno de sus compañeros dictaba talleres de pastel y óleo y se introdujo en el mundo de las artes. Produjo varias obras que fueron llevadas hasta una exposición en el interior del país.

En ese escenario, sus obras se destacaron por su calidad y belleza; incluso una de ellas fue fotografiada por un diario de la ciudad de Manizales. Muchas de sus pinturas eran composiciones de paisajes o figuras humanas. Sobre ellas, el asesino opinaba: "La pintura expresaba simbólicamente la situación por la que estaba atravesando, pero este aspecto no podía ser captado por quienes la contemplaban. Para ellos solamente expresaba un naturalismo vulgar. Meramente contemplativo, sin un ápice de contenido efectivo, por lo tanto, no se había cumplido una comunicación, no era un instrumento de conocimiento".

Aparte de dedicarse a la pintura y la lectura, el Sádico de El Charquito se dedicó a ejercitar su cuerpo y prepararse para la fuga. Buceaba entre los arrecifes que rodean la isla y trotaba entre las rocosas playas del litoral. Un día que se encontraba en una playa cerca a la pequeña isla de Gorgonilla divisó un extraño elemento que se movía velozmente arrastrado por las corrientes. Sin pensarlo dos veces, se lanzó al mar y nadó hasta el objeto. La fortuna parecía sonreírle después de varias décadas. Tenía al frente una vieja y desgastada canoa que atrapó con sus brazos y llevó hasta una pequeña playa arenosa, en donde cavó un hoyo con sus propias manos, enterró la embarcación a pocos centímetros de la superficie y huyó del lugar inmediatamente. Sabía que en la noche la marea y el oleaje se encargarían de borrar cualquier señal de la barca.

Esperó pacientemente el día propicio para ejecutar su fuga. Observó con cuidado las corrientes marinas, almacenó algunos cocos y alimentos enlatados, memorizó las rutinas de vigilancia del personal de guardia y se preparó física y mentalmente para el escape.

En diciembre de 1984 el día había llegado. Todas las condiciones estaban dadas: el asesino calculó la hora en que la corriente cambiaba hacia el sur, pues sabía que lo buscarían al norte, dirección hacia la que se movían regularmente las aguas. Aprovechó una distracción de la guardia, desenterró la canoa y se lanzó al océano. Remó con todas sus fuerzas y, tal como había calculado, el mar lo llevó hacia el sur.

Un par de horas después se descubrió en altamar. No había alrededor algo diferente al cielo y al océano; el oleaje era tranquilo, lo que le daba la posibilidad de maniobrar con poca fuerza. Se alimentó de los cocos y enlatados que había guardado. Se ubicó gracias a las estrellas y a los barcos con que se topaba en el horizonte, pues se trataba de embarcaciones de mediana magnitud, de las cuales sabía que solo podían transitar las rutas costeras que conectaban a Buenaventura con Tumaco.

Mientras tanto, en la prisión no se realizaron búsquedas minuciosas ni se movilizaron hombres para recapturar al Sádico. Al no encontrar señas del recluso y desconocer la existencia del bote, el director declaró ante los medios de comunicación que a Camargo Barbosa se lo habían comido los tiburones.

Unos meses después, en 1985, el ministro de Justicia Enrique Parejo González decidió cerrar la penitenciaria para convertirla en un parque natural. Como respuesta, desde muchos lugares del país se solicitó que la prisión no se clausurara, sino que se utilizara para encerrar a los peligrosos narcotraficantes que empezaban a aterrorizar al país. Entre los argumentos

esgrimidos por generales y editorialistas estaba su efectividad comprobada, pues inclusive "El 'Sádico de El Charquito' había sido devorado por los tiburones cuando tomaba un baño de mar".

Lejos de las creencias de la opinión pública, Camargo no estaba en el estómago de un escualo y dos días después de su fuga se dirigía hacia tierra firme. Desde la barca había identificado un grupo de casas que se extendía sobre la línea verde que formaba el continente. Se dirigió hacia esa dirección y halló la desembocadura de un río. Remontó la corriente algunos metros, tocó tierra, descendió de la imperfecta embarcación, estiró sus brazos y lanzó al viento un grito de alegría: era de nuevo un hombre libre.

Esperó unos pocos minutos, puesto que sabía que en algún momento alguien transitaría por la zona. No se equivocó: de repente, un hombre se le acercó en una canoa y lo llevó hasta un poblado situado a pocos kilómetros. Allí pasó la noche y se dedicó a jugar con los niños de la aldea. Más tarde, le pagó a un guía para que lo condujera hasta el municipio de Bolívar, en el departamento del Cauca.

Era la primera semana de diciembre. Los ríos estaban crecidos y la selva anegada, por lo que remontaron raudales y caminaron por trochas repletas de fango y trozos de madera ásperos y puntiagudos. Se abrieron camino por la manigua y lograron subir la cordillera en medio de infernales hordas de mosquitos. Poco a poco dejaron atrás la jungla y empezaron a transitar entre potreros y cultivos. Al cabo de tres días se encontraban en el casco urbano de Bolívar.

Una vez en el pueblo, Camargo Barbosa le entregó algunos billetes al guía y tomó un bus en dirección a Ipiales, en la frontera con Ecuador. Ya en el borde del país, caminó con despreocu-

pación frente a las oficinas de migración de los dos países, cruzó el puente de Rumichaca y se alejó para siempre de Colombia.

En la ciudad de Tulcán buscó un hotel barato en donde se alojó por dos días y recorrió la ciudad, el mercado y los alrededores del cementerio en busca de una nueva víctima. Había esperado por ese momento durante años. Sin embargo, decidió marcharse, pues temía que lo buscasen las autoridades del otro lado de la frontera. Tomó un autobús y se dirigió a Quito. En la capital ecuatoriana se dio cuenta de que no tenía dinero, razón por la cual partió hacia Guayaquil con sus últimos ahorros. Sabía que en esa ciudad podía dormir en la calle, debido a su clima cálido.

Una vez allí se las ingenió para sobrevivir. Se dedicó a su antiguo oficio de vendedor ambulante y tan pronto pudo empezó a matar, con lo que desató la más horrenda orgía de violencia y muerte que ha vivido el principal puerto de Ecuador. Violó, torturó y asesinó por lo menos a ochenta mujeres en pocos meses.

Frenesí asesino, captura y muerte de un sádico

Radicado en Guayaquil, Camargo buscó una forma de sobrevivir. Con el poco dinero que le quedaba compró una docena de esferos y un maletín y recorrió las calles en busca de compradores. Su habilidad para convencer a los desprevenidos transeúntes dio frutos rápidamente. Se acercaba con calma y respeto a los desconocidos exagerando las cualidades de sus productos y los vendía rápidamente. Pronto pudo estafar a sus clientes con electrodomésticos defectuosos que conseguía a crédito en un almacén del puerto.

Pero el homicida no solo se dedicaba a comerciar y estafar. Creó una estrategia sofisticada para someter más fácilmente a

sus víctimas. Se hacía pasar por cristiano evangélico y afirmaba haber llegado hacía poco a la ciudad con una importante suma de dinero para un pastor. Abordaba mujeres jóvenes y bonitas solicitándoles su ayuda para que lo guiasen, con el fin de evitar lugares peligrosos. Luego subían a un autobús intermunicipal con la intención de llegar a una fábrica imaginaria llamada Mundi-plastic y después de un breve recorrido descendían en medio de la soledad del campo; se internaban en medio de arboledas y barrizales y, una vez alejados de los ojos de la humanidad, les informaba con impávida decencia que no existía ningún pastor y que deseaba violarlas, tras amenazarlas con un cuchillo.

La mayoría de las mujeres accedía a los retorcidos caprichos y aberraciones del Sádico con la esperanza de que las dejara en libertad. Sin embargo, Camargo no sentía piedad y las estrangulaba inmediatamente, desvestía los cuerpos y vendía o empeñaba las joyas que portaban. En un impresionante extremo de crueldad, pedía un rescate económico a los familiares de las jóvenes simulando que seguían con vida y que se trataba de un secuestro; para ello, entregaba a los parientes prendas de vestir y objetos personales como pruebas de sobrevivencia.

Sus acciones eran metódicas y repetitivas. Siguió la misma horrenda rutina en Guayaquil por lo menos en 55 oportunidades, acumuló varios cuerpos en un solo lugar y creó improvisados cementerios.

Fue precisamente bajo esta mecánica criminal que Camargo atacó a una joven *scout* que paseaba por el centro de Guayaquil. Al ver que se trataba de una chica bonita, se le acercó con precipitación y le habló con extremada cortesía: "Señorita, discúlpeme: ¿podría ayudarme? Vengo de lejos y traigo una importante suma de dinero para el pastor George Wilches. Al no conocer la ciudad, no sé a dónde dirigirme y me han dicho que es peli-